RESEÑA DE LIBROS

I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

BIANCHETTI, S.: *Pitea di Massalia, L' Oceano. Introduzione, testo, traduzione e commento*. Pisa-Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 1998. 227 pp.

Es importante esta edición de Piteas, acompañada de traducción y amplio y erudito comentario, después de la antigua de Schmekel y de las más recientes de Mette y Roseman. Toda esta literatura geográfica antigua, incluidos Apolodoro, Avieno y otros autores que nos conciernen directamente, está recibiendo últimamente mucha atención. Aunque hay que decir, para empezar, que el presente libro separa tajantemente a Piteas de Avieno: Piteas es colocado en el s. IV, lo que creo acertado, entra en las preocupaciones de esta época, y lo más que puede tener de común con Avieno radica en fuentes comunes arcaicas (cf. p. 50). Por cierto, y esto es muy satisfactorio, la bibliografía española está bien atendida.

Piteas, tal cual aquí es presentado, es un curioso personaje, mezcla de astrónomo y explorador que trata de comprobar sus teorías. Escribió una obra titulada *El Océano*: un periplo muy *sui generis* por su alcance geográfico y su intención.

Hay que colocarlo, de un lado, junto a Eudoxo, Hiparco y Eratóstenes; de otro, junto a los autores de periplos de fecha helenística, desde el siglo IV. Goza de la animadversión de Estrabón, que le calificó de mentiroso (es, sin embargo, nuestra fuente principal); y sus noticias sobre el Polo Norte, Bretaña y (sobre todo) Tule son ya aceptadas ya consideradas como mitos. Se llegó con frecuencia a considerarlo como un narrador de fantasías, a la manera de Antonio Diógenes, de quien es sin duda fuente.

Si a todo ello se añade la escasez de sus fragmentos (la autora solo nos da 23, algunos divididos en varias letras) y lo controvertido de los mismos (opiniones de Piteas frente a las de Eratóstenes, Posidonio, el mismo Estrabón, etc.), se verá lo difícil que es hacerse una idea de su obra. Se trata de una navegación con la cual Piteas quería demostrar la continuidad del Océano en torno a las tierras; de un periplo que señala siempre los días de navegación (transformados en estadios en nuestras referencias, quizá por obra de Eratóstenes).

Piteas parte de Massalia, llega a Cádiz, luego al cabo San Vicente: el cierre del Estrecho por los cartagineses el 348, en contexto con el segundo tratado con Roma, que algunos proponen, no es aceptado, con razón, por nuestra autora. Como se ve, hay terribles saltos, quedamos a oscuras sobre nuestra costa mediterránea (si es que el viaje a Cádiz no lo hizo por tierra, como opinan algunos, yo no lo creo).

Pienso que este periplo quedó oscurecido por otros. En cuanto a la navegación en cinco días de Cádiz al Cabo San Vicente, suscitó dudas ya entre los antiguos (Apolodoro, Eratóstenes, Estrabón, cf. p. 118). Se añaden a las bien conocidas sobre la toponimia del Estrecho. Estrabón, que tenía con nuestro autor graves discrepancias sobre Tule y todo el Norte de las tierras, aprovechó para arremeter contra él.

Por cierto, no es este el orden en que nos da los fragmentos la autora: empieza por los de carácter general y astronómico, a saber, sobre el polo y las mareas (que atribuyó el primero a la luna). Piensa sin duda que podían constituir una introducción o justificación, yo no estoy tan seguro.

Los siguientes grupos de fragmentos se refieren a la costa atlántica: los ya aludidos y otros sobre las Galias (tampoco son muy fructíferos, salvo la mención del Liger o Loira). Siguen los relativos a las islas británicas. Nuestra autora aporta mucha erudición sobre este tema, Piteas quizá circumnavegó la Gran Bretaña, pero es dudoso que mencionara Irlanda: los datos sobre ella en Estrabón deben de venir de Posidonio. Sigue Tule, para él la última de las islas británicas y objeto de sus descripciones del sol de media noche, del mar de hielo y de diversos temas astrológicos.

Pese a algunas fantasías como el «pulmón marino» en el límite de Tule y el regreso por el Tanais al Mediterráneo, y a errores geográficos que fueron rebotando hasta Ptolomeo, la descripción es justa, como es injusta la desvalorización del total, como cosa mítica, por tantos escritores antiguos. Igual lo relativo a los países del ámbar, aunque quede imprecisa su localización.

Rodeado de prejuicios desde su primera cita en Dicearco, poco y mal citado luego, convertido en una especie de mitógrafo o novelista, Piteas pertenece al importante movimiento de los astrónomos y autores de periplos del s. IV a. C. Es original entre ellos por la unión de los dos temas y la ampliación del ámbito geográfico que describe. Sería importantísimo para el conocimiento de nuestra Geografía antigua si conociéramos más de él. Pero hemos de resignarnos a sacarlo del siglo VI y dejar de hacerle la fuente original de Avieno. Puede decirse, al menos, que si tuvo poco éxito con los geógrafos, lo tuvo con los novelistas y poetas antiguos y, a partir de la *ultima Thule* de Séneca, que sin duda lo había leído, con los modernos.

El libro es especialmente erudito y bien informado. No se puede hacerse más con citas y referencias tan miserables, oscuras y, a veces, no bien intencionadas. Ahí quedan reunidos, en todo caso, todos los materiales. Nos dejan admirar los conocimientos de los griegos fuera de las Columnas de Heracles: esta vez hacia el Norte, otras hacia el Sur. La lástima es que, en nuestro caso, un científico que desmitificaba en la medida en que podía fue interpretado como mitógrafo. No le creyeron.

El libro incluye amplias y útiles bibliografías e índices, así como varios diagramas.

F.R. ADRADOS

Pervigilium Veneris, Introd., testo cr., trad., comm. e *Lexicon* a cura di Crescenzo Formicola, Napoli, Loffredo Editore, 1998, 223 pp.

Quiero iniciar esta reseña con la afirmación de que comparto totalmente las consideraciones que Formicola hace al comienzo de su Introducción. El estudio de la literatura latina de una época dada no debe ser abordado desde la comparación con la producción literaria de otra época considerada, con más o menos razón, modélica. Las condiciones históricas y sociales en que se produce la literatura augústea son muy distintas de aquéllas en la que se escriben las obras literarias de la primera época imperial y, por supuesto, de las que rodean y condicionan la producción tardoantigua. No proceden, por tanto, juicios de valor comparativos. Cada época tiene su literatura y es dentro de aquélla donde debe ser estudiada, ya que la actuación sobre modelos precedentes se efectúa con nuevos criterios, que no interrumpen, sino que marcan, una evolución continuada que será recogida por las literaturas europeas de siglos posteriores.

El profesor napolitano llama la atención sobre el trasfondo filosófico, para él estoico, que ilustra el poema y frente a afirmaciones de que fue compuesto para una circunstancia concreta (visita de Adriano a Sicilia, o con motivo de una fiesta religiosa consagrada a Venus) piensa que no es más que una transfiguración literaria con alusión, eso sí, a una fiesta. En relación con ésta, no cree que sean identificables, a pesar de la clara influencia ovidiana, el ritual descrito por el poeta de Sulmona en *Fastos* IV 1-162 y el rito aludido en el *Pervigilium*. Tampoco ve razones suficientes para pensar que el autor del poema celebra Hybla y el culto a la Venus Hyblea.

Tras un estudio pormenorizado de la tradición manuscrita y señalar los errores coincidentes de los códices *Thuaneus* (T) y *Vindobonensis* 9401 frente al Salmasiano, señala las lecturas correctas del segundo y las también correctas de éste y del Salmasiano frente a T.

En el análisis de la lengua y el estilo Formicola destaca la elevada formación del poeta y cómo en el léxico se mezclan lo clásico y lo postclásico, así como la presencia de neologismos, sin que por ello se observen discrepancias entre unos y otros elementos.

Después de algunas consideraciones sobre la sintaxis y la presencia de algunas figuras, el estudioso italiano se detiene, cómo no, en la métrica, en la que es especialista (en esta misma revista he reseñado yo su libro sobre el hexámetro del *Cynegeticon* de Gracio, publicado en la misma colección que el *Pervigilium*, de 1995). Como resultado de su análisis, establece 16 diseños del tetrámetro trocaico cataléctico presentes en el poema, señalando la frecuencia de cada uno de ellos; en otro cuadro se muestra la recurrencia de pies en cada una de las posiciones.

Estudiadas las distintas hipótesis que se han formulado sobre la datación del poema, y que van desde el siglo II al V, Crescenzo Formicola restringe la posibilidad a los siglos II, III y IV, opta más bien por el II ó el IV y rechaza la paternidad atribuida a Floro o Tiberiano. Es la presencia de elementos estoicos la que avala, según el profesor italiano, la datación en el siglo II. Para él, la *sfragís* final mediante la cual el poeta relaciona la fiesta de Venus con su propia experiencia, denuncia con su melancolía el final de una época, la época en que la doctrina estoica se agota.

La bibliografía, amplia y completa, es comentada por Formicola en los diversos apartados de la Introducción que he reseñado hasta aquí, y también en el comentario verso a verso del que hablaré más adelante.

Sigue la edición del texto, con un aparato negativo al que se incorporan, como indica el editor, las posiciones críticas de los distintos puntos en discusión y el mayor número posible de conjeturas, incluidas las suyas propias. Es un criterio personal que, sin duda, unos estudiosos compartirán y otros no. Baste como ejemplo el aparato del v. 46 (*quod decenter tota nox est peruigilanda canticis*) que no reproduzco aquí debido a su extensión (18 líneas y media). Personalmente, pienso que con notas críticas al texto hubiera podido descargarse notablemente el aparato, pero la opción de Formicola es tan válida como otras.

A continuación se incluyen la traducción y un comentario, verso a verso, en el que en ocasiones se recogen de nuevo discusiones críticas introducidas ya, aunque con menor detalle en algunos casos, en el aparato (la comparación del aparato crítico correspondiente el v. 46, del que acabo de hablar, y el comentario al mismo verso lo evidencian claramente). De ahí la conveniencia de haber limitado la presencia de dichas discusiones a un solo lugar, excluyéndolas del aparato mismo.

El libro presenta a continuación un léxico (lematizado con las primeras personas de los verbos y los nominativos de los nombres) precedido, según el autor, de una explicación del valor semántico del término en cuestión dentro del contexto en que se encuentra. No siempre es así: mientras para *adfero*, por ejemplo, indica «*i. e. efferre, effundere*», a propósito de *almus* se limita a decir «*epitheton deorum*». En el léxico se señalan mediante signos diversos las conjeturas que han sido acogidas en el texto y las que no.

El volumen se completa con tres índices: uno de lugares citados, otro de cosas notables y un tercero de autores modernos.

El libro de Formicola, por lo completo del estudio y de la edición del poema, creo que es de obligada consulta para cualquier especialista que quiera profundizar en el conocimiento del *Pervigilium Veneris*.

DULCE ESTEFANÍA
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO

LUCIO ANNEO SENECA, *Lettere a Lucilio. Libro III: lettere 22 e 23*. Testo Introduzione, traduzione e commento di Giovanni Laudizi. Martina Franca, Congedo Editore, 2000, 129 pp.

En la “Premessa” (p. 7) el autor justifica la edición unitaria de ambas cartas aduciendo que están al inicio de una nueva fase en el desarrollo espiritual de Lucilio y se encuentran íntimamente relacionadas, no sólo por la temática general sino también por la relación, en cierto sentido simbiótica, de los dos epílogos, unidos por sendas sentencias afines: la 22 trata del retiro de la vida pública, ampliamente debatido por los intelectuales romanos, que Séneca plantea ya en la 19: forzosamente apartado de ella, pasa de considerar el *otium* una alternativa al *negotium* a interpretarlo, en sentido absoluto, como el objetivo primordial del sabio que, siguiendo la doctrina estoica de no abandonar la actividad pública, busca en él ser útil a todos, ahora y después, pese a las renunciaciones materiales que ello implica.

En p. 22 ss. se plantea el contenido de la carta 22 ampliando los conceptos enunciados antes, con mención de las conocidas posiciones “netamente contrapuestas en tiempos de Séneca” de Epicuro y los estoicos, y referencias a Cicerón y otras obras de Séneca, el cual

aconseja a Lucilio elegir con cuidado el momento, pero sin dejarlo escapar, buscando la paz interior. En p. 81 ss. el de la carta 23, con una exhortación a la sabiduría, a la *bona mens*, con el gozo (*gaudium*), no tocado hasta ahí por Séneca, como su fundamento y culminación: sólo es aceptable el que nace en uno mismo y sigue con rigor la ley moral, que implica despreciar la muerte, aceptar la pobreza, contener los placeres, soportar el dolor... en fin, quitar importancia al cuerpo. El *uerum bonum* proviene de *bona conscientia, honesta consilia, rectae actiones, contemptus fortuitorum*

El texto está tomado expresamente de la edición oxoniense de L.D. Reynolds (1965), tan “al pie de la letra” que se escapa algún detalle nimio, pero significativo como el de no sustituir siempre las ‘comillas simples’ por “comillas dobles”. El autor resuelve el posible *locus corruptus* de 22,13 *sarcinas adoro* con *s. adfero*, que toma Préchac de p2; sigue, creo que con razón, a los códices en *uitae laboramus* de 22,17, pero ni siquiera comenta el añadido *stat* de Madwig y otros, incluido Reynolds, a *in praecipiti* en 23,6, no indispensable, a mi juicio, aun cuando es el verbo más frecuente con esta expresión... y sin embargo se demora con un *praesenti* por a *praesente* (22,1) “del tutto inutile” y sólo recogido por un editor del XIX.

Las notas son, en general, amplias y documentadas. No obstante, hay algunos descuidos. Por ej., aunque se citan no poco las páginas, fundamentales, de A. Setaioli sobre el *sermo cotidianus* (*SIFC* 52, 1980, pp. 5-47; 1981, pp. 5-49; ahora en *Facundus Seneca. Aspetti della lingua e dell'ideologia senecana*. Bologna, 2000, pp. 9-95), a veces se omiten observaciones a mi juicio interesantes, como la que atañe al “compuesto con preverbio múltiple” *circumspicias* de 22,12 (que sólo usa también Plinio, en *Nat.* VIII 121) o al *stare paratus* (por *esse*) de 23,10. Y no demuestra una lectura muy atenta el comentario a *illud alterum* (22,2): se menciona la observación general de Setaioli, pero no el comentario restrictivo aplicado concretamente a este pasaje, lo cual provoca un “desacuerdo” que no es tal.

En otro orden de cosas, no creo que quepa hablar de sinónimos (si es que alguna vez cabe) entre *occupationes* y *negotia* (22,1), aduciendo Cic., *Rosc.* 22 y *Mur.* 39, donde aparece éste en pl. y aquél, como un genérico, en sing., lo cual ocurre incluso en el *de tranq. animi* senecano: 6,4 *et haec* – scil. *negotia* – *refugienda sunt ex quibus noua occupatio multiplexque nascetur*. Tampoco de cuasisinónimos para *sordidus* y *contumeliosus* (22,8), que presentan una gradación intensiva creciente, ni con el apoyo del texto ciceroniano aducido (*Off.* I 150), donde se califica de *sordidi* “tutti i mestieri” (no tienen por qué ser, también, *contumeliosi*); además, puede verse *Ira* III 29,1 con una combinación de adjetivos muy distintos: *sordida ac laboriosa ministeria*. Ni aún de sustancial equivalencia semántica entre los adjetivos de 23,7 *ex honestis consiliis, ex rectis actionibus*, sobre la base de que en *Ep.* 66,33 las *actiones* son definidas a la vez como *honestae* y *rectae* (¿para qué entonces la redundancia?) y de que ambos adjetivos califican a veces a *actio* (por cierto, no a *consilium*, que sí lleva *honestum* en *ep.* 81,20).

En 22,7 se interpreta *luctare* como infinitivo activo de un deponente, dándole el sentido de «essere riluttante ad un impegno» y citando otro ejemplo en Séneca: *Ep.* 78,21 («ma evidentemente con valore molto diverso»). Para evitar la singularidad morfológica y la diferencia de valor entre los dos, basta tomarlos como imperativos, con su sentido de ‘enfrentarse con’. Dentro de ese mismo pasaje me parece acertado ver en la frase de *nisi* una

yuxtaposición buscando la *variatio* (algo así como “no es fuerte y valeroso el hombre que rehuye el esfuerzo, (no lo es) si su espíritu no se crece con las propias dificultades”).

En fin, sorprende que al autor le parezca “en cierto sentido anómalo” el *liberare epistulam* de 23,9, cuando él mismo lo relaciona acertadamente con la idea de “liberar”, por ej. de una deuda, en un contexto que viene en esa línea desde el principio del párrafo, pensando, a mi juicio innecesariamente, que Séneca “allora intenderebbe dire che con la sentenza di Epicuro può sciogliere dal debito e quindi terminare la sua lettera”; como consecuencia, *liberare* valdría ‘concluir’, aunque extrañamente (!) el *ThL* no lo incluya entre los pasajes que tienen este sentido (VII 2, col. 1304.42, donde, por cierto, lo que se recoge son los derivados) ...

Al margen de ello, el trabajo de G. Laudizi, que se cierra, por cierto, con un cómodo índice analítico, bien merece una lectura detenida que, sin duda, puede resultar provechosa.

MIGUEL RODRÍGUEZ-PANTOJA

II. LINGÜÍSTICA

BERENGUER SÁNCHEZ, JOSÉ ANTONIO. - *Estudio sobre las partículas indoeuropeas con base consonántica y laringal*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Manuales y Anejos de EMERITA XLII, 2000, 613 pp.

La monografía de José Antonio Berenguer tiene, ante todo, una virtud que se le reconoce en el prólogo firmado por el profesor Adrados: la de abordar un tema por extenso con la voluntad firme de proponer la reconstrucción de un sistema de la protolengua indoeuropea, algo que hoy en día escasea, puesto que los investigadores se han centrado más en estos últimos años en profundizar en el conocimiento de los dialectos históricos y de sus implicaciones con la protolengua. Claro que, sin estos estudios, muchos de los logros a los que llega el autor no serían posibles, pues, y esto es otro de los méritos señalados de la monografía, el manejo de la bibliografía dedicada a las partículas de los distintos dialectos indoeuropeos es exhaustivo y, lo que ha debido de ser un trabajo agotador, ha rendido grandes frutos en las aportaciones reconstructivas.

La monografía, de gran extensión, presenta una estructura comprensible dentro de su complejidad. La primera parte la dedica el autor a la discusión del concepto de partícula, algo evidentemente arduo, aunque trabajos recientes como los de Bader y Dunkel han desbrozado algo el espinoso camino. Evidentemente, se presentan notables dificultades de carácter semántico y funcional. El autor engarza el estudio de las partículas dentro del concepto de clases de palabras del proto-indoeuropeo avanzado por Adrados y Mendoza. Evidentemente, las partículas forman parte de la macroclase de palabras pronominal-adverbial, por lo que vincula la estructura formal de estas palabras a la de dicha clase, aunque se les reconoce un cierto tipo

de particularidades, como veremos. A lo largo de toda la monografía B. confiesa una clara preferencia por la reconstrucción de partículas con valor deíctico-anafórico y postula que la multiplicidad de valores con las que encontramos a las partículas en las lenguas históricas, modales, aspectuales, relacionales, etc., son fruto de procesos de gramaticalización, concepto este que defiende y maneja de un modo coherente, sobre todo a la hora de explicar la el llamado *sá-figé* del antiguo indio y los distintos valores de la partícula **k^we*, incluido el llamado *te épico*.

El esquema morfológico básico que propone B. para las partículas indoeuropeas es el de CV, (V = vocal apofónica **-e/-o*) con una variante CI (I = sonante **-i* o **-u*). Las partículas, igual que los pronombres, tienden con frecuencia a la aglutinación, de modo que son frecuentes las reconstrucciones de partículas compuestas de tres elementos reconstruidos, en los que son comunes los grados cero, sin que B. haya podido establecer una proporción en la vinculación de elementos, posiblemente porque no existiera, a diferencia de la clase de palabras nominal-verbal. En este punto es clave en su exposición la defensa que hace de su propuesta explicativa de la apofonía ide. Para B., a diferencia de una línea muy asentada en la reconstrucción, la variación de timbres en la apofonía cualitativa ide. se establece como **-ó* tónica frente a **-e* átona. Las bases para dicha propuesta son fundamentalmente de carácter morfológico, como el hecho de que los presentes primarios tengan grado *-e* y se conserven en posición independiente en védico como átonos; en cambio, los sustantivos correspondientes son tónicos y llevan un grado *-o* radical. Abogaría igualmente a favor de su teoría el hecho de que reconstruyamos nombres con grado *-o* en los casos rectos y grado *-e* en los casos oblicuos, cuando el acento se ha desplazado a la desinencia (en los nombres de estructura acentual anfícinética, se ha olvidado de añadir el autor). Esta reconstrucción es mantenida coherente por B. durante toda la monografía, aunque en algunos casos el material no esté tan claro como le gustaría, como comentaremos más adelante.

En cuanto a las partículas de estructura CI, B. se decanta claramente por un origen secundario de dicha estructura, en un esfuerzo notable de reconstrucción interna; así pues, establece varios orígenes posibles para la sonante vocálica: CI puede provenir de la univervación de dos partículas: C(V) + Y(V), pues ya hemos visto que en las aglutinaciones de partículas son muy frecuentes los grados cero; puede proceder de la adición a la partícula en grado cero de una **i* deíctica, bien conocida en la reconstrucción del ide.; también puede ser un resultado fonético regular de una laringal con apéndice palatal, aunque no niega la posibilidad de que esta laringal se haya visto aumentada por **i*; finalmente, hay que resaltar aquí una de las propuestas más novedosas del libro: B. postula que en partículas de clara vinculación pronominal en las que **i* aparece en sílaba trabada, esta vocal sea el resultado regular de **é* con acento secundario (pues lo antiguo sería que la **e* fuera átona). El paralelo de esta ley fonética es una vez más de índole morfológica (lo cual no deja de tener sus inconvenientes teóricos): se encuentra en los presentes reduplicados, tipo gr. γίγνομαι, pues supone la existencia de una reduplicación originaria de timbre *-e*, esto es, que repetía el timbre originariamente supuesto para los presentes. La propuesta es interesante, aunque salta a la vista que los ejemplos más conspicuos se ajustan a presentes cuya raíz está en grado cero, por lo que hay que suponer que dicho grado cero es resultado de una síncope por el desplazamiento del acento a la reduplicación.

B. excluye la posibilidad de partículas de inicio vocálico, siendo todas las que en las lenguas históricas se atestiguan con comienzo vocálico de estructura originaria **He/o*. Estas partículas de base laringal serían los primeros elementos en aglutinaciones que darían lugar a las formaciones que en las reconstrucciones tradicionales leemos como **eti*, **epi*, etc.

Como puede ver el lector, los presupuestos teóricos son de una gran envergadura, pues incluyen, aparte de una amplia reflexión sobre el concepto de estudio, una propuesta de estructura morfológica y un par de consideraciones fonéticas sobre el vocalismo de enjundia. Con estos mimbres teóricos B. teje el cesto del análisis de varias partículas de base consonántica y laringal, que estudia detalladamente, en su etimología y en su función, para lo cual tiene que entrar a discutir diversos valores sintácticos. En esto, obviamente, se ha ayudado de los numerosos trabajos parciales que existen sobre las diversas partículas de las lenguas históricas. De los muchos análisis etimológicos que hace B. pongo de relieve la solución que da a la relación etimológica entre luv. *-ha* e hit. *-a/-ya* (< **H₂^ye*) (pp. 506ss.).

Del análisis de las distintas partículas estudiadas, B. extrae otro concepto que creo que merece la pena ser resaltado en esta reseña: el de partícula prototónica, que se corresponde con conectores oracionales que ocupan obligatoriamente el primer lugar de la frase y por tanto reciben el acento y la eventual enclisis de otras partículas. En ese sentido es reseñable la defensa que hace del aumento como una partícula prototónica reconstruible como **H₁é-* (pp. 538ss.). B. se fundamenta en la propuesta de Watkins, que analiza el aumento como preverbo verbal en una posición inicial de frase enfática.

Desde el punto de vista funcional, B. se decanta por reconstruir valores fórico-deicticos a la mayoría de las partículas: esto es así para **so/to*, **de*, **ke*, **g(h)e*, **k^we* y **H₁^ye/o*. En unas pocas ve más clara una noción de movimiento: **dhe*, **bhe*, **po/e*, **H₂^ye/o*, **H₃e/o*. En cualquier caso prima la noción local, sobre la que se desarrollan las distintas y complejas gramaticalizaciones.

Sólo quisiera hacer notar un punto claramente negativo de la monografía, aunque sospecho que no es responsabilidad directa del autor: la ausencia de un índice de palabras citadas, que hace muy difícil consultar la discusión de una etimología puntual si no se tiene una idea muy clara de la estructura del libro.

Por lo que se refiere a temas opinables, está, cómo no, el problema de la teoría laringal. B. se decanta, con mayor intensidad a medida que va avanzando el libro, por la teoría de Adrados. Dado que el autor se prodiga en consideraciones teóricas en la primera parte del libro, no estaría de más que lo incluyera como una consideración dentro de estas reflexiones. En particular, echo de menos una posición clara desde el principio con respecto a los resultados de la laringal en contacto con vocal de timbre **-o*, pues a un lector no bien habituado a la teoría laringal de Adrados le pueden dejar estupefacto reconstrucciones como gr. τῆ < **tóH₁*, (p. 181) habida cuenta que la opinión más extendida da por hecho que las laringales no afectan al timbre de la vocal **-o*. Es cierto que el autor se extiende más adelante en el problema, pero cuando ya ha operado en varias ocasiones con dicho principio teórico. Lo mismo digo de las vocalizaciones de laringal en grado cero en griego, pues no cabe duda de que una reconstrucción como arc. *-δα* < **d^oH₃*, (p. 223) tiene que resultar chocante a más de uno.

En suma, se trata de un trabajo de enorme envergadura, que avanza grandes propuestas dentro del orden metodológico en el estudio de las partículas indoeuropeas y que tiene relevantes repercusiones en lo morfofonológico.

J.A. ÁLVAREZ-PEDROSA

ANTTILA, RAIMO. – *Greek and Indo-European Etymology in Action. Proto-Indo-European *ǵ-*. Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins, 2000, 314 pp.

La densa monografía de Anttila está consagrada por entero a un étimo y las consecuencias que se pueden sacar de su análisis exhaustivo. A. arranca del significado de gr. ἄγω y sus paralelos etimológicos en contraposición con otros verbos que quieren decir ‘llevar’ (aunque dicho análisis hubiera resultado mucho más productivo si el autor hubiera llevado a cabo un análisis de semántica estructural); concluye que la raíz indoeuropea quiere decir algo así como ‘llevar, conducir (desde atrás)’. A. añade a dicha interpretación (ya conocida) una dimensión paleolingüística: esta raíz sería característica de pueblos seminómadas en los que el significado de la acción incluiría la conducción de ganado o de pueblos enteros en marcha. A partir de este postulado básico, A. se dedica a estudiar, en una sucesión de capítulos en los que agrupa grandes bloques de étimos, palabras griegas que relaciona con ἄγω. Mayoritariamente se ocupa de términos del *épos*, recogidos a partir del *Lfgre*, aunque es una lástima que no consultara los significados recogidos para todos estos términos en el vol I del DGE, lo que le hubiera resultado muy productivo para el análisis de significados como el de ἄγών. Una parte muy importante de los análisis etimológicos que A. lleva a cabo tiene que ver con la interpretación que hace de ἄγών y su significado primario. Para A. su valor originario es el de ‘carrera’ como competición de carácter aristocrático y sagrado. Se apoya en varios pasajes de Homero. Secundariamente el sustantivo derivaría por sinécdoque a ‘lugar donde se lleva a cabo la competición’ y a ‘conducción del pueblo’, de donde ‘asamblea’. A esta constatación le sigue el análisis morfológico de ἄγών: sería un colectivo **H₂eǵ-on-H₂*, de donde se sigue el análisis más polémico: la misma forma pero sin la desinencia de colectivo y con el sufijo en grado cero, **H₂eǵ-η-*, daría lugar de modo regular a un sustantivo testimoniado sólo como primera parte de compuestos, ἄγα-, con el significado ‘la competición heroica’. De ahí que ἀγῆνωρ signifique, en opinión de A., ‘heroico’ o compuestos como Ἀγαμέμνων equivaldrían a ‘recordado por la competición’, etc. Por lo mismo el adverbio ἄγεν sería ‘muy bueno’ (en su caracterización positiva), en tanto que ‘bueno en la competición’. Es interesante toda la línea de análisis de ἄγα- de los capítulos 2 y 3, porque se opone a otra explicación muy bien desarrollada que recientemente han llevado a cabo Bader y Pinault, por la que ἄγα- se analiza como **mgh-*, esto es, el grado cero de **megh-*, cf. ai. *mahá-*, gr. μέγας. A. añade a este análisis una serie de términos como ἀγαθός, que interpreta en Homero como ‘bueno’ en tanto que líder, es decir, que conduce pueblos. El segundo término del compuesto tendría que ver con la raíz **dheH₁-* con su valor epifánico; ἀγαθός sería, por tanto, ‘que se manifiesta en el ἄγα-, es decir, en la prueba heroica’. Sobre esta misma línea analiza entre otros ἀγανός ‘conductivo → efectivo → gentil’. Pero las posibilidades léxicas de la raíz no terminan ahí. ‘Conducir’ implica también, como

analiza en el capítulo 5, ‘guiar las palabras, decir’. De ahí que interprete lat. *aio* < **agyō* en conexión con la raíz que nos ocupa. Igualmente hom. ἄγωα contendría en realidad el perfecto de ἄγω (**av-ε-ογ-α*) ‘conducir → ordenar (en cuanto al contenido)’. El capítulo 5 está repleto de consideraciones morfológicas; A. analiza el imperfecto ἦ como **e-ag-t* o alternativamente como un presente Narten **H₂eġ-t*.

Una parte de la obra (distribuida en varios capítulos) está destinada a analizar los valores de **ag-* en contraposición a otros étimos de significación próxima. Esto da lugar a diagramas muy clarificadores como el de la p. 156 sobre la distribución de significados entre la raíz indoeuropea **ag-* y la germánica **drīb-*. Igualmente una parte del capítulo 6 está dedicada al análisis de ide. **gh^wen-* ‘golpear → matar’; A. ve que esta derivación es paralela de la etimología que él propone para hit. *akk-* ‘matar’, que relación con **ag-* en el sentido de ‘llevar al sacrificio’ (valor bien testimoniado en latín) → ‘llevar a la muerte’ (otras etimologías distintas en Melchert o Schmidt-Brandt).

El capítulo 7 se dedica a los valores psicológicos y religiosos derivados de la idea de “conducir” de **ag-*. Aquí entrarían términos como ἄγαμαι ‘admirar’ o ἄγη ‘admiración, envidia’. La cara negativa del semantema estaría reflejada por ἄγος con una significación sacral. En cualquier caso es muy clarificador el cuadro de la p. 195.

El capítulo 8 es una prolija enumeración de los valores del verbo finés *ajja* que son, en buena medida, paralelos de los propuestos para el griego. De hecho, A. propone que el verbo finés es posiblemente un préstamo indoeuropeo antiguo.

El libro se cierra con una bibliografía citada más extensa de lo que el autor se propone en la introducción (defendiendo el libro de Sihler, *New Comparative Grammar of Greek and Latin*) y sendos índices temático y de palabras citadas. La obra está escrita con un cierto sentido del humor, manifestado sobre todo en los títulos de los epígrafes. Las justificaciones iniciales de carácter docente e incluso personal (obviamente la inclusión de material finés está motivada por el origen finlandés del autor) tienen un cierto interés para conocer y entender las motivaciones que pueden llevar a un investigador a consagrar un esfuerzo tan grande y dilatado en el tiempo a una cuestión de carácter etimológico.

J. A. ÁLVAREZ-PEDROSA

Indo-European, Nostratic, and Beyond: Festschrift für Vitalij V. Shevoroshkin (IRÉN HEGEDUZ et alii edd.). Washington, *Journal of Indo-European Studies Monographs Series 22*, 1997. 348 pp.

Este Homenaje a Shevoroshkin es una miscelánea de estudios sobre el Indoeuropeo en general y sus lenguas (albanés, luvita, etc.), el Nostrático y dentro de él el Altaico y sus lenguas, teoría general de la reconstrucción de los más antiguos estadios lingüísticos, etc.; hasta llega a los orígenes del beso, que con la lingüística no parece tener mucha relación (pero presenta el problema común de la monogénesis, la poligénesis y la oligogénesis). Hasta se ocupa de lenguas aparte, como el semítico y el amerindio. Difícil dar cuenta de todo esto.

Intentemos, sin embargo, estudiar unos cuantos grupos de artículos. Por ejemplo, al problema general del estudio de las relaciones de parentesco en fases lingüísticas muy antiguas,

carentes de documentos escritos, se dedican artículos como los de Iren Hagedus, «On Grammaticalization in Nostratic», B. D. Joseph «Macrorelationships and Microrelationships and their Relationship», Mark Kaiser, «Rigor or vigor: Whither Distant Linguistic Comparison?» y I. Peiros, «Macro Families: can a mistake be detected?»

Se sabe que sobre el nostrático son estudiosos rusos (como Illic-Svitic, Dolgopolsky, Starostin, Dybo y el propio Shevoroshkin, más americanos como Greenberg) los que más se han distinguido. Pues bien, se aprecia una tendencia a exigir más rigor, a saber, regularidad fonológica en los «parecidos». Otros artículos intentan añadir nuevas comparaciones entre el IE y el Nostrático: V. Blazek, «Indo-European 'seven'». La comparación se extiende, incluso, a las lenguas amerindias (M. Ruhlen: «Proto-Amerind. *KAPA 'Finger, Hand' and its Origin in the Old World» (tendría que ver con lat. *capio*, etc.). Cf. también K. H. Menges, «Etymological Problems with Words for 'blood' in Nostratic and Beyond».

Dentro del Nostrático, al Altaico, defendiendo su existencia, que es negada por algunos, dedican sus contribuciones J. H. Greenberg, «Does Altaic exist?» y P. A. Mihalove, «Altaic Evidence for Clusters in Nostratic». Específicamente al japonés, dentro del Nostrático, se dedican artículos de S. A. Starostin y A. Vovin.

Pero se intenta, al tiempo, establecer nuevas etimologías dentro del Indoeuropeo: así en el artículo de R. Anttila, «Beating a Goddess out of the Bush» (sobre Gr. *εὐθενέω*) y en dos sobre el Albanés de E. P. Hamp y V. Orel. Hay que añadir artículos sobre morfología: el de E. P. Hamp sobre los colectivos y no colectivos en *-ar* en luvita y el de L. Kulikov sobre Ai. *mriyáte* y otros pseudo-pasivos (vienen de la clase IV). Un artículo de M. M. Deshpande, «Panini and Distinctive Features» señala aproximaciones del gramático indio a la teoría fonológica de los rasgos distintivos.

Todavía otros artículos se refieren a lenguas particulares, como el Sumerio (C. P. Boissson), el Shina oriental (P. E. Hook) o el Yiddish (K. H. Menges). Y otros más se ocupan de problemas generales de la comparación. Así el de J. C. Catford, «The Myth of Primordial Click» (los clicks, lejos de ser fonemas primordiales, serían derivaciones secundarias) o el de R. A. Rhodes, «On Pronominal Systems», que ofrece escepticismo al uso de los pronombres para demostrar parentescos entre lenguas de lejana relación.

La variedad de temas responde a la variedad de intereses del homenajeado, representante hoy en América de la escuela lingüística rusa sobre el Nostrático y temas emparentados. Esto puede verse en la Tabla de «Selected Publications» de Shevoroshkin, que abre el volumen. Da la impresión de que estas escuelas, que a veces han sido desechadas por los indoeuropeístas por su falta de rigor, tienden a aproximarse a los métodos de estos.

F.R. ADRADOS

Rix, H.: *Rätisch und Etruskisch*. Innsbruck 1998. 67 pp.

La idea de que el rético, conocido por algunas inscripciones del Norte de Italia, y el etrusco sean lenguas emparentadas, es confirmada en este estudio de H. Rix. Parte de la afirmación de Livio V 33. 11 de la *origo Tusca* de los retios, para intentar apoyarla con comparaciones concretas: algunas ya hechas antes, otras nuevas o precisadas.

Estos puntos de comparación son, entre otros: nombres de personas y lugares; patronímicos con *-nu* / *-na* (este femenino es secundario); nombres de mujeres en *-i* (del itálico); predicado en *-ku* seguido de satélites en *-le* y *-si*: formas emparentadas con el pertinutivo etrusco en *-si* y *-le* (también en lemnio); Genitivo del poseedor en *-s*; formas verbales en *-ku*, en ret. hay también *zinake/-χε*, cf. etr. *turuce*, *turce*; la conjunción *-χ* / *-k* 'y', etc.

Nuestro autor considera probable que el alfabeto rético venga del venético antiguo. E insiste en el paralelo con el lemnio. Esto desplaza la fecha de la lengua común original al paso del segundo al primer milenio a. C.

F.R. ADRADOS

III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

SETAIOLI, ALDO, *Facundus Seneca. Aspetti della lingua e dell'ideologia senecana*. Bolonia, Pàtron Editore, 2000, pp. 480.

Estas apretadas páginas recogen trabajos publicados durante los últimos 20 años por un investigador de gran rigor filológico y espíritu crítico, actualizados en notas complementarias.

Los cap. I y II versan sobre de lengua, aspecto poco presente en la bibliografía actual, como nota el propio autor en los “aggiornamenti” (p. 393), por lo que les dedicaré un poco más de espacio. Los “Elementi di *sermo cotidianus* nella lingua de Seneca prosatore” (pp. 9-95 = *SIFC* 52, 1980, pp. 5-47; 1981, pp. 5-49) siguen siendo básicos, sobre todo para la sintaxis (el autor deja pendiente un estudio similar de morfología y léxico: n. 658), y no sólo en la obra de Séneca, por su minucioso encuadre cronológico. Séneca recurre a estos elementos que, sobre el entronque con la diatriba, le acercaban las tendencias de su época y, en las cartas, la propia convención del género, para enriquecer el estilo. Se distancia del latín clásico mediante el incremento de rasgos coloquiales esporádicamente presentes en éste y la incorporación de otros que se extenderían con posterioridad, llegando, en buena parte, a las lenguas romances. De pasada vemos cómo la consideración de estos aspectos permite resolver algunas vacilaciones en torno al texto.

Quien lo lea no debe perder de vista, como se avisa en p. 11, que la de Séneca es prosa artística como la que más. Y guardarse de pensar que tal o cual particularidad coloquial documentada por primera vez en ella (compártala cronológicamente o no con algún contemporáneo, p. ej. Columela para *nec non et*: p. 35) sea “invención” suya y no, a lo sumo, osadía al aplicar tendencias o rasgos de la lengua de uso. Aún veinte años después, sólo cabe hacer alguna observación de detalle, como, por ejemplo, a propósito de *ille prior* que Séneca incorpora a la prosa latina: leemos en p. 24 “dal punto di vista logico si ha un pleonasm: tanto *prior* quanto *ille* rimandano infatti al primo fra due termine: ma la verità è che qui si sostengono a vicenda, perché il dimostrativo è talmente indebolito che non basta più, da solo, a svolgere questa funzione”; si no lo entiendo mal, *prior* resultaría aquí un refuerzo de *ille*,

que es el debilitado, en cuyo caso quizá no se deba hablar de “reciprocidad”... máxime si admitimos, como hace el autor más adelante (p. 73), que Séneca no siempre usa *ille* para el primero de dos términos. O bien, respecto a lo dicho sobre los diminutivos en pp. 26-27, quizá *balneolum angustum* (Ep. 86,4) hagan algo más que “reforzarse mutuamente”: un baño pequeño puede no ser *angustum* (sí, como leemos, p. ej., en *Epigr. Bob.* 4,1, *breue...*); también cabría cuestionarse hasta qué punto *castellum* se toma como diminutivo (y cf. Sall., *lug.* 92,5 *mediocri castello* o Liv. 31,30,6 *paruis... castellis*); en fin, *ualdissime* (*Brev.* 8,4) “chi è il solo esempio citato nei dizionari” (p. 30), está, además, en Plin., *Ep.* I 20,22; III 15,2; IV 4,1 y VI 8,9, dos de ellas con *diligo*, como en Séneca (aparte de, vg., *CPL* 114, no posterior al 14 a.C.)...

“La resa dell’-privativo nella prosa filosofica senecana” (pp. 97-109 = *Menmosynum*, Bolonia, 1989, pp. 521-532) analiza, a propósito de este dificultoso prefijo privativo, la técnica minuciosa de Séneca, que marca una etapa crucial tras Cicerón, al traducir la terminología filosófica griega: cuando no encaja *in-*, préstamo directo, perífrasis, palabra no negativa....

“Seneca e lo stile” (pp. 111-217), contribución al monumental *ANRW* (II 32,3, pp. 776-858) es, como todos los trabajos aquí presentados, difícil de resumir en pocas líneas. Para Séneca el estilo es, tanto en la práctica como en la teoría, un medio, no un fin, subordinado a la eficacia; se adapta a dos tipos de discurso filosófico, la *admonitio* y el *sermo*: aquella, psicagógica, de más aliento retórico, no renuente a la poesía, adecuada para las disertaciones públicas y los *praecepta*, precede a éste, modesto en su expresión, propio de la instrucción personalizada y la objetividad de los *decreta* o principios teóricos. El tener en cuenta tal “dualidad” resuelve ciertas contradicciones observadas en su obra por los estudiosos. En cuanto a influencias, destaca el autor la relación con la retórica clásica y contemporánea, pero sobre todo la notable presencia, con Panecio en lugar destacado, del estoicismo (en medio, obras de Cicerón como el *De officiis*), que discuten ciertos estudiosos. Entre otras cosas, la falta de rigidez normativa del estoicismo en cuanto al estilo de los géneros literarios le permite alejarse ostensiblemente de las rígidas normas que los regían en Roma, concediendo mayor capacidad de individualidad al escritor, que en todo caso debe seguir a la *natura*, de manera que uno de los puntos recurrentes en su teoría es la correspondencia entre carácter y estilo. También destaca el autor a lo largo de muy brillantes páginas la originalidad de la teoría senecana de la imitación.

“Seneca e gli arcaici” (pp. 219-231 = AA.VV., *Seneca e la cultura*. Atti del Convegno di Perugia ... a cura di A. Setaioli, Napoli, 1991, pp. 33-43) matiza la idea generalizada de que Séneca no aprecia a los arcaicos, sobre la base de que más bien va contra los arcaizantes. En cuanto a los escasos elementos arcaicos que recoge en sus citas, o no tienen relevancia literaria, o deben su presencia a su eficacia sentenciosa. De hecho, no valora el elemento arcaico en cuanto tal, sino en cuanto coincide con las estructuras primitivas y auténticas del lenguaje, lo cual justificaría su propuesta de utilizarlo para traducir términos filosóficos.

Tras “Due messe a punto senecane. 1) La traduzione dei versi di Cleante a Zeus e al Fato. 2) Seneca e il sublime” (pp. 233-254 = *Prometheus* 17, 1991, pp. 137-154), en discusión con otros autores, admite 1) que se debe mantener el quinto verso en la cita de *Ep.* 107,10, y vuelve 2) sobre posturas sostenidas en “Seneca e lo stile” (no sólo falta en Séneca una poética

coherente del sublime sino que éste es quizá el elemento cultural que ha dejado menos huellas en su pensamiento estético y literario: p. 253). Ocupa las páginas 255-274 la ponencia presentada al congreso *Séneca, dos mil años después* (Córdoba, 1977, pp. 653-576), “Séneca, Epicuro y Mecenas”: Séneca, como ya demostró el autor en otro lugar, toma las sentencias, sean epicúreas o no, de gnomologos, donde están descontextualizadas e incluso anónimas, independientemente de que maneje algunas obras, tanto de Epicuro como de Platón e incluso de Panecio. Su juicio, el único positivo sobre el valor literario del primero, a quien se le niega desde la antigüedad, se debe a la eficacia de éste. Sin embargo, Séneca reproduce la mayoría de las críticas, incluso las filosóficas, sólo que aplicándolas a Mecenas, representante típico para él de “ese epicureísmo ruin que falsifica la doctrina del maestro” (p. 264). Particularmente significativa es la comparación de un texto de Cleómenes sobre todo, pero no exclusivamente, con la *Epístola* 114.

“Seneca e l’oltretomba” es el controvertido asunto que trata el autor en pp. 274-323 (= *Paideia* 52, 1996, pp. 321-367). Para Séneca lo que cuenta realmente es vencer el temor a la muerte; ésta, incluso voluntaria es, en todo caso, una liberación, en especial de los males que acarrea el cuerpo (la tiniebla frente a la luz del alma). No existe el Hades tradicional (incluso, de acuerdo con la física estoica, el alma, de sustancia ligera, tendería hacia lo alto). Séneca admite ocasionalmente la validez del consenso de los hombres, que dan carta de naturaleza a la vida de ultratumba. Las líneas maestras de su pensamiento sobre este asunto aparecen preferentemente, como es de esperar, en los escritos consolatorios: la muerte como vuelta al estado de insensibilidad previo al nacimiento; la doctrina platonizante de la palingenesia o renacimiento de las almas, la existencia de un periodo de purgatorio (única traza en su obra de retribución escatológica: p. 300), la comunión total de las almas de los bienaventurados, la disolución de todas en la conflagración cósmica (p. 304)... este cuadro es, con todo, la proyección ultraterrena de un ideal filosófico, que no está en situación de resolver sobre el plano ontológico el dilema socrático, sino sólo de configurar con viveza su lado positivo (p. 315). Pero también aparece con cierta frecuencia la total negación de cualquier supervivencia. Aunque el sabio pueda anticipar mediante la contemplación la felicidad celestial, eso es irrelevante, pues lo único que cuenta es la rectitud de la acción; así pues, una retribución escatológica no es necesaria ni relevante... la perfección de la virtud es independiente de su duración y a ella se debe tender aquí, en la vida terrena. Con esas ideas se entiende por qué Séneca no resuelve el dilema socrático (p. 319).

Antes del último capítulo, que recoge una serie de extensas y enriquecedoras reseñas (335-391), el autor dedica dos, breves, a “Un’ espressione ingiuriosa greca in Seneca (*vervex marinus: const. 17.1*)” (pp. 325-330 = *Prometheus* 24, 1998, pp. 27-31), que traduce *θαλάσσιον πρόβατον*, y “Seneca, lo schiavo Felicione e un’ iscrizione di Velia” (pp. 331-333 = *Prometheus* 24, 1998, pp. 149-151) sobre el contraste del *delicium*, de 15 años y ya *libertus*, de Valeria Florilla y el *delicium* mencionado por Séneca, anciano y esclavo, en *Ep.* 12,3.

Cierran estas enjundiosas páginas, de muy sugerente lectura y amplia documentación, indispensables para profundizar en el conocimiento de la obra de Séneca, unos valiosos índices: de Autores antiguos citados (pp. 413-447) y de Obras modernas citadas (pp. 449-480).

DA CUNHA CORREA, PAULA: *Armas e varões. A guerra na lírica de Arquíloco*. São Paulo, 1998. 363 pp.

Este libro es una muestra del desarrollo de los estudios de griego clásico en la Universidad de São Paulo, bajo la dirección de la profesora Haiganuch Sarian. Ya lo vi cuando visité esa Universidad hace años. El libro es obra de una profesora, actualmente, de dicha Universidad, que se ha beneficiado, además, de una estancia en el Bedford New College de Londres. Demuestra un excelente conocimiento de Arquíloco y de Homero, a cuya comparación en relación con los temas guerreros, está dedicado. Y es para mí muy interesante, quizá lo que más, el estudio de los pasajes de autores tardíos que transmiten los fragmentos: ayudan a su interpretación y dan noticia del uso que de ellos hacían los antiguos.

Y un excelente conocimiento de la bibliografía pertinente, con una excepción que es habitual: no conoce la bibliografía española, y no lo digo solo por mí (discute un antiguo artículo publicado en Buenos Aires y cita en la bibliografía, aunque no utiliza, la edición de 1956 de Arquíloco y demás elegiacos y yambógrafos), lo digo por el resto de la bibliografía española sobre la poesía griega. Fuera de esto, el tratamiento de la bibliografía es normalmente correcto y con frecuencia se pueden seguir sus conclusiones.

Aunque solo fuera por la exposición y comentario de las opiniones de tantos autores, sería interesante el libro. Pero no puedo dejar de notar un cierto empacho bibliográfico: yo prefiero comenzar por los textos, aquí se empieza siempre por la discusión de las distintas posturas de los helenistas, sobre todo de la escuela encabezada por Snell y Fränkel. A veces la discusión de hace tediosa y no siempre es claro cuál es, definitiva, la elección de la autora.

El título «Armas e varões» suena a la *Eneida*. En realidad, el libro viene a ser una comparación del tratamiento de la guerra y los guerreros en Homero y Arquíloco, una parte de Arquíloco (algunos fragmentos elegiacos y poco más) que no es ciertamente la más significativa de nuestro poeta.

La parte I, en su primer capítulo, recorre la visión de Homero y Arquíloco como opuestos (trágico y cómico, para decirlo brevemente) a lo largo de la Antigüedad: habría que añadir a los copiosos datos de la autora los Hermes bicéfalos que los oponen. Y asegurar que no son, salvo excepciones, los fragmentos estudiados en el libro los que más llevaron a esta visión de los antiguos.

Por otra parte, en la continuación de esa parte primera se insiste mucho en la exposición y debate de la ideas sostenidas por Snell y otros sobre «el hombre homérico»: su incapacidad de abstracción, su desconocimiento de su unidad psicofísica, su sometimiento a las fuerzas divinas. Y las de Fränkel, Vernant y otros sobre el «hombre lírico», dominado por el aquí y el ahora. Quizá habría sido necesario, para atender al título del libro, hablar sobre todo del ideal del guerrero, el heroísmo, para comprobar su evolución en Arquíloco.

Es esta la que fundamentalmente interesa a la autora. Y la tendencia general de su estudio es a señalar que la diferencia entre la concepción homérica y la arquilóquea no es tan grande como se dice. Esto se ejemplifica con el tratamiento por la autora del fragmento 1: si Arquíloco es servidor de Enialio y conoce el amable don de las Musas, no difiere del aedo

Demódoco cuando afirma que es autodidacto y que un dios implantó las canciones en su mente. Estoy de acuerdo, quizá en este y otros casos se ha exagerado la oposición Homero / Arquíloco.

Yo iría más lejos: si en Homero no hay un aedo-guerrero, sí presenta a Aquiles, el guerrero, cantando. Por cierto, la tentación de atribuir a Arquíloco la retórica, como hacen Temistio y otros cuando citan el pasaje (Temistio lo refiere a Teodosio) debería descartarla la autora.

En suma, la poesía elegíaca arrastra un léxico y unos temas épicos. Y si Arquíloco, en algunos momentos, supera la posiciones épicas, como tantos hemos propuesto, es a partir de las mismas. Pero no se queda aquí: dice cosas que Homero jamás diría.

Puede Arquíloco, en un cierto momento, ironizar sobre su lanza, que es su sustento, dígase como se quiera: su posición social no era la de los príncipes aqueos. O describir el momento de diversión y bebida de los guerreros. El fragmento de Glauco no hace sino describir los fallos, en ocasiones, del tipo del guerrero épico: algo nuevo.

Arquíloco está al comienzo de la lírica pero, en cierto modo, al final de la épica. La táctica hoplítica, a la que Arquíloco alude, es de los últimos elementos de Homero. Arquíloco la conoce e ironiza sobre ella.

Está, sobre todo, el famoso fragmento del escudo perdido. Como siempre, la autora sigue el fatigoso camino de las interpretaciones contrapuestas, algunas evitables; pero llega, pienso, a soluciones correctas. No sin señalar, claro está, el punto de partida tradicional, homerizante. Para el escudo añade un largo estudio de crítica textual, que la lleva, igual que a algunos predecesores, a eliminar la lectura aristofánica $\psi\upsilon\chi\eta\nu\ \delta\prime\ \acute{\epsilon}\xi\epsilon\sigma\acute{\alpha}\omega\sigma\alpha$, sustituido por el $\alpha\upsilon\tau\acute{\omicron}\nu\ \mu\prime\ \acute{\epsilon}\xi\epsilon\sigma\acute{\alpha}\omega\sigma\alpha$ de otros autores y editores (no soy partidario, personalmente). Pero, prescindiendo de esto, la autora acepta, como no podía ser menos, el «cambio» de actitud y de registro lingüístico.

La originalidad de Arquíloco es algo innegable, por más que sus puntos de partida épicos también lo sean. Se llega a esto, que es evidente, a veces con demasiado esfuerzo y rodeo. En fin, en realidad no hay mucho de nuevo en el libro, salvo insistir en los puntos de arranque homerizantes, claros en las elegías pero también en yambos y tetrámetros. Pero contradichos por otros pasajes más «modernos». Un guerrero homérico no diría abiertamente que va a la guerra para huir de la pobreza («aquellos higos y la vida del pescador») ni se reiría de su propio ejército, cuyas supuestas hazañas se debían a una aplastante superioridad numérica ni describiría tan realísticamente la lucha con los tracios.

Y, con todo, los tetrámetros del monumento de Sóstenes mantienen el tono épico, con la intervención de Atenea, como si de una *Odisea* se tratara, y explican el resultado de la lucha por la decisión de los dioses olímpicos.

No modifica mucho este panorama el estudio detenido de otros temas arquíloqueos, tales como los relativos a la guerra de Lelanto, a los males de los magnesios y los tasios, o a la piedra de Tántalo. Y, sobre todo, de los fragmentos en los monumentos de Mnesiepes y Sóstenes, muy epizantes, como he dicho, pero con algunos temas arquíloqueos. Estudios muy detenidos en cuanto a texto e interpretación. Igual que el del fragmentos (dos fragmentos para nosotros) sobre la Nave del Estado (según mi interpretación), que casa mal con el propósito general de libro si es cierta mi propuesta. No veo muy clara la posición final de la autora.

Esto es más o menos el libro, cuyos resultados son en realidad los previsibles, apoyados, eso sí, por una copiosa bibliografía y un detallado estudio de la misma y de cuestiones formales diversas. Mucha erudición y exposición de las conclusiones no tan clara como se desearía. Se echa de menos, por otra parte, una ligazón de los fragmentos estudiados con el resto de Arquíloco, que es, ya lo dije, el que da su imagen en la Antigüedad y el más significativo. Aunque proyectar el foco sobre los pocos fragmentos aquí estudiados también tenía su interés.

F.R. ADRADOS

JEDRKIEWICZ, ST.: *Esopo sullo sgabello. Plutarco, Esopo e i sette Savi*. Pisa-Roma, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 1997. 171 pp.

Se trata de un estudio sobre el *Banquete de los Siete Sabios* de Plutarco, examinado a la luz del uso que el polígrafo griego hace de la figura de Esopo: uniendo, en suma, su «seriocómico» a la profunda seriedad especulativa, platónica sobre todo, del pensamiento de Plutarco.

Este seriocómico o *spoudaiogéloion* ha sido estudiado varias veces, el trabajo más conocido sobre él es el de Giangrande (1972). J. llega, más bien trabajosamente y después de muchas páginas, a ponerlo en conexión con la *Vida de Esopo* y con una línea entre socrática y cínica. Esto tiene muchos precedentes, algunos los cita. Pero es pena que, si no me equivoco, no conozca mis «Géneros helenísticos en el 'Banquete de los Siete Sabios de Plutarco'»: lo cita en su Bibliografía, pero sin duda le llegó tarde, es de 1996. Como tampoco cita, entre otras cosas, mi «The Life of Aesop and the Origins of Novel in Antiquity», *QUCC* N.S. 1, 1979, pp. 93-112.

Hay un primer capítulo que trata del *Banquete* como obra seriocómica: tesis bien evidente, como en realidad todo el género del *Banquete*, y más si intervienen el tema de Esopo y su *Vida*. Pero conviene reafirmarlo y no puede sino asentirse a la afirmación de nuestro autor (p. 33) de que lo cómico y lo lúdico son instrumentos para reafirmar lo más serio. Algo notable, ciertamente, dentro de la producción de Plutarco.

El segundo capítulo hace un notable estudio de los instrumentos seriocómicos de la *sophía*: la *gnome*, el enigma, la resolución de «problemas», la imagen, la fábula, el relato maravilloso, la paradoja, ironía y broma, la risa y la sonrisa, lo serio y lo burlesco. Lo ejemplifica bien en toda la literatura griega precedente, ya en «Banquetes», «Vidas», etc., ya en pasajes aislados, ya en colecciones: aquí todo aparece junto y culmina en Esopo, que desde el siglo IV va unido a los Siete Sabios, pero se distingue de ellos.

En él culminan esos temas, pero no es exactamente un igual: se sienta en un taburete bajo Solón y Plutarco le concede un tipo de sabiduría, pero no la conceptual. Prepara el ambiente para ella. Es típico de Plutarco.

El capítulo siguiente, el tercero, hace un fino estudio de los distintos personajes del *Banquete*: los menores, las mujeres, los monarcas, los sabios, explicando sus rasgos seriocómicos en Plutarco y su finalidad. Así en los casos sucesivos en Tales, Anacarsis y Solón, este el más

serio, pero también sabe sonreír. Varía así su caracterización respecto a la *Vida de Solón*, por la necesidad del género de nuestra obra.

Con esto está ya preparado el escenario para presentar a Esopo, el invitado «diferente». Lo califica de «eléntico» y describe sus enfrentamientos, en serio o en broma, con los demás invitados y sobre todo con los sabios (y con Solón más que con ninguno). Todo esto es tradicional, convendría haberlo dicho más explícitamente: se hace sobre todo a propósito de la oposición Esopo / Janto. Pienso que también habría sido importante aludir a los precedentes en la figura del mendigo Iro, de poetas como Arquíloco e Hiponacte, el Homero de la *Vida*, etc. De esto he escrito hace tiempo, últimamente en el mismo sentido Papademetriou. Ciertamente J. alude (p. 79, n. 2) a Bertoldo, nosotros lo hemos hecho a Lázaro de Tormes. Hay en todo ello un prototipo universal.

J. se centra en el manejo del tema por Plutarco: para él la sabiduría de Esopo se refiere al *hic et nunc* y a las situaciones concretas, no posee conceptos abstractos, como dije. No estoy tan seguro de ello, su desprecio por la belleza, el *plouîtos* y la *truphé*, su afirmación del *noûs* (temas socrático-cínicos) parecen ir en otra dirección. En todo caso, su mayor aportación está en el estudio del ensamblaje de la temática «esópica» y la platónica.

Este capítulo prepara el siguiente, el quinto, sobre el interés de Plutarco por Esopo: es parte del estudio de que vengo hablando. Lo comienza por una relación de fábulas en Plutarco, en nuestra obra y otras, organizándolas por grupos temáticos (podría prescindirse de ellos). Cree que expresan algunas constantes ideológicas. La verdad, aunque en el *Banquete* hay fábulas, no son lo más característico, en él, del personaje Esopo. Lo más característico es el saber lúdico, de que se habla en el capítulo sexto y que se hace descender de la época clásica, de la comedia y el diálogo.

Personalmente creo, ya lo he adelantado, que los rasgos sapienciales de Esopo vienen de tradiciones conexas con él y que culminan en las dos *Vidas* que se nos han conservado. Heredan el típico diálogo entre el sabio y el poderoso que viene de la *Vida de Ahikar* y de diversos relatos orientales y griegos que he estudiado en otros lugares, incluido el diálogo entre Solón y Cresos en Heródoto, las conocidas anécdotas de Diógenes y Bión, etc.

J. hace alusiones a este tema, pero para él, y tiene razón, lo notable de Plutarco es hacer coincidir elementos que vienen de los dos géneros del «Banquete» y la «Vida». Géneros fundamentalmente helenísticos que él asocia con el elemento «serio» que viene de los diálogos platónicos y las máximas de sabiduría que ruedan por toda la literatura griega y, desde luego, son atribuidas con frecuencia a los «sabios».

En suma, Plutarco ha conseguido verter su sabiduría platonizante dentro de un marco lúdico que hereda y transforma.

El libro no aporta grandes novedades, pero contiene finos análisis y coloca la obra de Plutarco en su lugar justo.

F.R. ADRADOS

Se trata de una mesa redonda celebrada en 1997. Reunión muy oportuna porque el tema, importante, estaba últimamente bastante abandonado: el trabajo principal, sobre todo las colecciones de materiales, se había hecho principalmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Este volumen puede ayudar a volver a ponerlo en marcha, tanto por sus contribuciones como por sus cuidadosos índices y bibliografías (general y de cada trabajo).

La editora y organizadora de la reunión es autora de un primer estudio general, relativo a las distintas posiciones metodológicas («Les proverbes: nature et enjeu»): habla de la terminología, características formales, inserción y uso. Del proverbio en relación con las técnicas retóricas y lógicas se ocupa L. Montefusco Calboli («La *gnome* et l' argumentation»), que parte de la *Retórica* de Aristóteles. Sigue el trabajo de G. Calboli sobre «Sentences et proverbes dans la littérature et la rhétorique»: se apoya en los retóricos latinos para señalar la relación que existe entre el estilo breve del asianismo y las *sententiae* y establecer una distinción entre proverbio, sentencia y *chria*. Estudia la relación con las *gnômai* griegas de Menandro sobre todo.

Los usos retóricos y poéticos de los proverbios así como su métrica son investigados en el trabajo de J. Dangel, mientras que a su estructura sintáctico-semántica se refiere el de A. Orlandini: ambos trabajos son interesantes desde el punto de vista lingüístico.

Son monográficos los que siguen: de G. Achard sobre los proverbios en Cicerón y de E. Plantade sobre Catulo. Resulta interesante el estudio de la implantación de los proverbios y su papel en la obra literaria que ahora se crea y que los incluye. Importante es también, en lo relativo a Cicerón, un tema a veces menos atendido en el resto del volumen: el del origen griego de muchos proverbios usados por Cicerón, hay atribuciones a presocráticos, los Siete Sabios, diversos filósofos (véase p. 92 s.). Es interesante ver en qué medida se trata de proverbios ya “hechos” y transplantados al latín y en qué otra los autores latinos convierten en proverbios pasajes griegos, por ejemplo de Eurípides.

Libro interesante desde puntos de vista literarios, filosóficos y lingüísticos. Pero queda pendiente un estudio total, que enlace con los griegos y con las distintas fases de la literatura latina.

F.R. ADRADOS

ANTONELLI, L.: *Il periplo nascosto*. Padua, Esedra, 1998. 237 pp.

Aquí tenemos un nuevo estudio y un nuevo comentario de la *Ora Maritima* de Avieno que, desde Schulten en 1922, tanto nos ha interesado a todos los que nos ocupamos de la Geografía y etnografía de la antigua Iberia (y no solo de ella). El subtítulo da cuenta clara de la intención: «Lettura stratigrafica e commento storico-archeologico dell' *Ora Maritima* di Avieno». El estudio propiamente dicho ocupa las 110 primeras páginas; sigue una edición, que en realidad reproduce la de P. Villalba i Varneda. La acompaña una traducción y a partir de la página 153 hay un comentario verso a verso, que recoge los resultados del estudios y añade otros.

El planteamiento es el siguiente: ¿nos hallamos ante la versión latina de un antiguo periplo masaliota (¿y de qué fecha?), versión sembrada de interpolaciones posteriores? (tesis

de Schulten 1922, sobre todo). ¿O es una obra de Avieno, literato del s. IV interesado por estos temas (también tradujo, retocado, a Dionisio Periegeta) y que picó de aquí y de allá (tesis de Berthelot 1954 y otros)? No hay tanta distancia, después de todo: que Avieno incluye materiales de épocas diversas, es seguro.

En todo caso, y para comodidad del lector, anticipo la conclusión: la base está en un periplo masaliota del s. VI (más tardío que la fecha propuesta de Schulten, ya veremos por qué) y hay luego estratos varios: uno del s. IV, la gran época de los periplos; otro posterior a la conquista romana, pues se cita a Tarragona y Barcelona) y otro del propio Avieno, que cita autores diversos.

Por supuesto que es un tema comprometido, y yo no me atrevería a suscribir todas las propuestas de la autora, una a una, ni a establecer exactamente los cuatro «pisos»; pero que hay materiales arcaicos y otros recientes me parece evidente. Hay muchos estudios valiosos sobre esto, varios en nuestro país. Y que los arcaicos pertenecen exactamente a un periplo, también lo creo. Lo que yo no aceptaría es la idea de que el periplo masaliota (al que hay que atribuir el cómputo de las distancias en días de navegación) partiera de Massalia y llegara a Tartessos, y que Avieno hubiera invertido su dirección (¿también lo relativo a las *Estrimnides*?) La dirección normal de los periplos griegos es de Oeste a Este.

El libro comienza por un Capítulo I «Avieno y su tiempo»; el II se ocupa de «La geografía occidental de Avieno». Es una buena idea comparar la *Ora Maritima* con la *Descriptio orbis terrae*, traducción (retocada), obra de Avieno. de Dionisio Periegeta. El principal resultado que se obtiene es el siguiente: el doble nombre *Gádeira* / *Cotinoúsa*, en Dionisio, viene de una fuente griega antigua (de Éforo y Timeo, se dice luego) y existe diferencia respecto a la *Ora Maritima*, en que hay Tartessos, como región o reino, y Tartessos / *Gadir*, como ciudad. Nuestra autora cree que la fuente original de la *Ora* no conocía Tartessos-ciudad, que esto (y la identificación con Cádiz) es cosa reciente, de Avieno,

A continuación (capítulo III) estudia precisamente estos elementos recientes. Muchos se detectan por las fuentes que el mismo Avieno nombra, Himilcón entre otras, y por retomar el relato tras las digresiones; pero la localización alternativa de las Columnas en dos islotes, atribuida a Euctemón, puede venir de fuentes del s. IV. Otros pasajes «se revelan fruto de una paciente investigación erudita del propio Avieno». En otras ocasiones la autora piensa que fue Avieno el que fue a buscar noticias antiguas, así, para la identificación de las Columnas con Avila y Calpe en una fuente común con Estrabón. Si esto es así o nos hallamos ante la habitual «segunda fuente», un periplo del s. IV, no puede asegurarse, aunque me parece más probable.

Los «elementos arcaicos» son estudiados en el capítulo IV. Los ve en los relativos a las Estrimnides y Ofiusa, pero sobre todo en el trayecto del cabo San Vicente al Estrecho; aunque no faltan en él elementos recientes, ya vimos el constituido por Tartessos-ciudad. Tiene razón la autora en que es «un banal equívoco de Avieno» lo relativo a la *Gerontis arx* relacionada con Gerión: es «del viejo» (pero creo que ese viejo es Crono, no Heracles ni Argantonio). Para ella esa *arx* estaría en la costa de la bahía de Cádiz, sería un establecimiento comercial fenicio. Otro elemento reciente sería interpretar el *Herma* como un monte africano que sería la Columna de Libia. Muy dudoso. También cree que Avieno ha confundido la *Mainake* griega con la *Malaca* fenicia. Esto es posible.

No puedo seguir el detalle, pero sí anoto algo que puede ser un acierto importante (hay un

precedente): que en 558 ss. la *ciuitas ditis laris* cercana al Pirineo, en que los masaliotas *negotiorum saepe uersabant uices* se refiera a Emporion. Esto coloca el poema arcaico en el siglo VI y no antes, como proponía Schulten por la falta de mención de Emporion. Lo del cierre del Estrecho no lo cree ya nadie.

En suma, hay elementos arcaicos que hay que relacionar con la secuencia de la navegación, calculada en días; y hay otros más recientes. Estos plantean problema, insisto. Cuando se habla, por ejemplo, de Hemeroscopion en ruinas (476) ¿esto es cosa de Avieno o de su fuente del s. IV, por ejemplo? En el caso de *Besara* (590, hoy *Béziers*) la autora se apoya (p. 74) en datos arqueológicos para proponer que su estado ruinoso debe atribuirse a un abandono entre 350/300 y 170/150. Este es el verdadero problema, ya he hablado de Tarragona y Barcelona, de fundación posterior.

En el capítulo «Una lectura estratigráfica» la autora hace una recogida de datos sobre la costa mediterránea española y francesa en autores diversos, atribuyendo el origen a geógrafos y periegetas del s. IV, Éforo y Timeo serían importantes, ya dije. Yo veo en las fuentes griegas una insistencia en los topónimos griegos y en la helenización de los fenicios e indígenas; he escrito sobre esto. Pienso que, fundamentalmente, Avieno añade esta clase de fuentes a su arcaico periplo; y a veces interpreta o confunde.

Las decisiones de detalle, sin embargo, son difíciles. Sobre ellas insiste la autora en su comentario. En él pueden encontrarse, organizadas pasaje a pasaje, sus interpretaciones, en general las mismas del estudio inicial, a veces completadas. Así, por ejemplo, para Eritea (309), que cree que faltaba (o no era localizada) en la fuente arcaica. En p. 180 explica las confusiones sobre los varios nombres de las Baleares. No se añaden, por lo demás, grandes cosas.

Creo, en suma, que el libro está en el buen camino abierto por Schulten (sin que sean de despreciar las aportaciones de sus continuadores). Pero no todo arrastra convicción, todo el tema de nuestra Geografía antigua merece nuevos estudios. La verdad es que nuestros materiales son difíciles.

Al final se nos dan unos útiles mapas, más una bibliografía, un índice de las fuentes antiguas citadas y otro de étnicos y topónimos.

F.R. ADRADOS

GUARIGLIA, OSVALDO, *La ética en Aristóteles o la moral de la Virtud*. Buenos Aires, Eudeba, 1997, 396 pp.

Esta obra, que recoge algunos trabajos que se remontan a 1975 (p. ej. cap. 3 y cap. 5.1) y es, en lo sustancial, una reelaboración de un estudio que el autor había publicado en 1992 (*Ética y Política según Aristóteles*), concentra más de 30 años de investigaciones sobre la filosofía de Aristóteles. Aunque, oponiéndose a la interpretación de Jaeger con razones atendibles, no cree en una evolución del pensamiento ético del filósofo, G. rechaza una interpretación unitaria de la ética aristotélica, que, para él, escinde la virtud de la felicidad. Distingue tres capas teóricas que se encuentran en una cierta tensión disgregadora: una filosofía moral general, que examina los presupuestos de la acción, una teoría moral positiva, que describe las virtudes morales existentes en la sociedad griega de su época, y un ideal de vida contempla-

tiva, que se funda en una nueva concepción de la divinidad (pp. 334s.) y que es heredera de la ética eudemonista del platonismo. Esta versión kantiana de la filosofía práctica de Aristóteles (cf. pp. 258, 300, 326 *et passim*) es, quizás, el rasgo más original del ensayo. Como sucede en el caso de la ética deontológica, el cálculo “hedónico” o utilitarista sería completamente ajeno a la aristotélica, a pesar de su teleologismo (p. 258). Es imposible discutir aquí en profundidad la tesis central de la obra, pero quisiera señalar que el mismo autor ofrece indicios del origen de su interpretación en su propia biografía intelectual (cf. p. 13 del prólogo).

Tras un capítulo introductorio sobre la vida de Aristóteles y el origen aristotélico de las tres éticas que se han transmitido en el corpus (pp. 19-31), en el que es posible observar una versión idealizada y tradicional de la Academia fuertemente influida por la interpretación tubinguesa de Platón (cf. pp. 21s.), siguen dos capítulos metodológicos. En el primero, una larga y penosa exposición (pp. 33-102) intenta demostrar que Aristóteles rechaza un presunto concepto jerárquico de las ciencias que Platón habría propuesto en la *República* y en el *Filebo*, impugnando la exactitud absoluta como único criterio para juzgar el edificio jerárquico de la ciencia. Esto permitiría el surgimiento de diferentes modelos y la integración de la ética y la política en el edificio de las ciencias. La tarea de la filosofía práctica consistiría en establecer una tipología de las acciones e indicar las causas que las impulsan (p. 92). A continuación (pp. 103-136), se analizan la relación entre la noción aristotélica de educación y el papel que desempeña la dialéctica en la argumentación. La educación sería una capacidad universal y flexible que permitiría saber cuáles son las respuestas «que satisfacen las expectativas abiertas por la pregunta “porqué” (*sic*)» (p. 107). Esta capacidad se adquiere a través de la dialéctica que aporta el entrenamiento metódico que precede a la adquisición de las ciencias específicas (p. 126). La dialéctica es, según G., el método de la ciencia práctica. Para fundamentar su afirmación, realiza un análisis de las coincidencias entre ambas en los ámbitos ontológico, epistemológico y axiológico (pp. 127-133).

Los capítulos 4 a 11 estudian diferentes aspectos de la ética aristotélica: las acciones voluntarias e involuntarias (pp. 137-161), el concepto de bien (pp. 163-189), la relación entre la virtud y la elección (pp. 191-217), las virtudes sociales (pp. 219-291), la prudencia (pp. 293-309) y la felicidad (pp. 311-335). Las acciones voluntarias en las que el agente actúa conscientemente constituyen el ámbito específico de la ética. Dos son los criterios fundamentales que Aristóteles utiliza para distinguir las acciones voluntarias de las involuntarias: el principio del cambio y el conocimiento de la acción que tiene el agente (p. 140). Para G., el análisis aristotélico constituye el despliegue más completo dentro de la ética antigua del concepto de responsabilidad: se sitúa en una posición equidistante tanto de la noción griega tradicional de culpa y pecado como de la moderna interiorización de la responsabilidad moral (p. 149). La estructura del silogismo práctico descrita por el estagirita indica la relación existente entre razón y acción. El capítulo dedicado al estudio de la noción de “bien” desarrolla lo que podría considerarse la tesis central del estudio. G. considera que los análisis aristotélicos del concepto de bien (*EN I 4*, *EE I 8*, *MM I 1*) permiten una interpretación polisémica de la noción de “bien práctico”, e. d. que existen diferentes bienes en sí mismos de distinta naturaleza en el ámbito de la vida moral que no pueden ser reducidos a un bien único. De esta premisa, concluye que para Aristóteles hay dos bienes diferentes: la virtud y la felicidad, admitiendo la pérdida de unidad de la ética aristotélica.

En el análisis de la estructura del acto moral, el autor llega a sostener que para A. la virtud es «la realización práctica de la norma, en tanto hábitos de elegir adecuadamente lo medido» (p. 199) y, en las cercanías de la interpretación kantiana de la ética, que «realizar el acto que la virtud correspondiente exige en las circunstancias propicias» es «un fin en sí mismo» (p. 217). Como cada virtud posee un ámbito específico, los diversos fines no pueden reducirse a un fin último (la felicidad) que serviría de fundamento a los fines parciales de las acciones humanas. En la consideración de la temperancia, la liberalidad y la magnificencia, G. pone de relieve lo que denomina «el trasfondo aristocrático» (p. 222) de la ética aristotélica, mostrando su relación concreta con el contexto histórico-social en el que surge. En el caso de otra de las virtudes sociales, la magnanimidad, sostiene que la descripción aristotélica del magnánimo representa un ideal filosófico de la vida en su aspecto de vida práctica que complementa el de la vida filosófica contemplativa presentado en el libro X de la *EN* (p. 256). Las características de estas cuatro virtudes están determinadas para G. por la inexistencia en la Antigüedad de una burocracia de estado y de un mercado en sentido estricto (p. 258).

El capítulo sobre la justicia está lastrado por una interpretación demasiado positivista del pensamiento aristotélico que intenta superar la contradicción que implica la afirmación expresa de la existencia de una “justicia natural” por medio de la distinción de un significado central y unitario del término de significados periféricos que pueden ser contradictorios entre sí y que se identifican con las distintas concepciones de justicia existentes en las diferentes sociedades.

El análisis de la prudencia lleva a G. a la convicción de la proximidad existente entre la concepción aristotélica de razón práctica y la kantiana. La idea de que la posibilidad del «conocimiento del bien como algo en sí, con independencia de todo otro conocimiento empírico o teórico» (p. 300), independientemente de las dificultades que pueda tener tanto desde el punto aristotélico como desde el kantiano, parecería acercar la filosofía práctica de Aristóteles a la de Platón. El tratamiento de la ética aristotélica culmina con un estudio de la felicidad en el que G. reafirma su convicción de la falta de unidad de la *EN* y la presencia de dos ideales de vida irreconciliables: el de la virtud, un ideal fundamentalmente político, y el de la contemplación, básicamente ascético y autárquico.

Un capítulo extremadamente impreciso y confuso sobre la recepción de la ética aristotélica en la filosofía contemporánea (Wittgenstein, Anscombe, McIntire, Ritter) cierra el trabajo. Para G., la filosofía moral general es la capa más fructífera de la teoría aristotélica y la que ha tenido una mayor recepción en la teoría actual. Este libro constituye, sin lugar a dudas, una valiosa contribución a los estudios aristotélicos en el mundo de habla castellana. Desgraciadamente, algunos aspectos formales como las numerosas erratas, la prolijidad del estilo y la absoluta ignorancia de los nombres castellanos de la mayoría de los autores clásicos lo empañan parcialmente.

FRANCISCO L. LISI

El volumen que reseñamos contiene veintiséis artículos dedicados al homerista griego D. Maronitis (1929-) con motivo de su setenta aniversario.

Era obvio, dada la trayectoria profesional del homenajeado, que la mayoría de las aportaciones debía centrarse en la épica griega arcaica. En los aspectos lingüísticos se detiene sólo el artículo de Bakker («Pointing to the Past», pp. 50-65) en el que el lector encontrará una interpretación alternativa del aumento homérico, que (según B.) indica deixis temporal.

El trasfondo de Homero es tema de tres colaboraciones preparadas por Foley («Epic Cycles and Epic Traditions», pp. 99-108), Nagy («Irreversible Mistakes», pp. 259-74) y Russo («Stesichorus, Homer, and the Forms of Early Greek Epic», pp. 339-48); F. propone sustituir el concepto consagrado de Ciclo Épico por el de “tradición”, más adecuado a la realidad de una épica oral; oralista es también el escrito de N., quien ahonda en la hipótesis de Lord sobre el dictado del texto homérico; R. defiende la idea de que Estesícoro era realmente un poeta épico, análogo a Demócoco. Sobre problemas de arqueología homérica tratan dos colaboraciones; la de Krischer («Spiegeln die Kampfschilderungen der Ilias historische Realität?», pp. 180-8) defiende que el sistema de combate presente en *Il.* (el carro sólo se emplea para llevar al guerrero a la batalla) responde a una realidad histórica; Kullmann («Homer und Kleinasien», pp. 189-201) pone en tela de juicio que la tradición sobre la guerra de Troya proceda del segundo milenio a.C. Sobre técnicas narrativas de *Il.* y *Od.* trata un número apreciable de colaboraciones. Rengakos («Spannungstrategien in den homerischen Epen», pp. 308-38) examina los procedimientos utilizados en los dos poemas para crear tensión y detecta diferencias que parecen hablar de un mayor refinamiento en el poema más reciente. Danek («Synchronisation von Handlungssträngen», pp. 76-88) escribe sobre los métodos que emplea el autor de *Il.* para narrar líneas de acción distintas que deben reagruparse en un punto determinado. En este apartado pueden incluirse también los artículos presentados por Jong («Auerbach and Homer», pp. 154-64), Kazazis («The Structure and Function of the Typical *Plous*-Scenes», pp. 165-79) y Létoublon («L'indescriptible bouclier», pp. 211-20); J. revisa y contradice algunas de las tesis de Auerbach en relación con las técnicas narrativas homéricas; K. reexamina la estructura y función de la escena típica de la partida y arribada de un barco; L. se expresa en contra de que en el pasaje de *Il.* dedicado a la fabricación del escudo de Aquiles pueda hablarse propiamente de una descripción. El artículo de Austin («Anger and Disease in Homer's *Iliad*», pp. 11-49) se centra en un tema de importancia tan obvia como es el de la cólera en *Il.* Clay («A Ram among the Sheep», pp. 363-7) se refiere a la figura de Odiseo en *Il.*, dedicándoles una atención muy especial a las intervenciones del héroe en el canto II. De la mano de Odiseo podemos trasladar nuestra atención a tres colaboraciones centradas en su epopeya: la de Felson («Paradigms of Paternity», pp. 89-98) trata de la relación entre padres e hijos como tema central de *Od.*; Ford («Odysseus after Dinner», pp. 109-23) comenta el principio del *apólogos* de Odiseo y argumenta que, en esos versos, el héroe sigue convenciones usuales en el simposio; Harrauer («Die Melampus-Sage in der Odyssee», pp. 132-42) hace ver que la genealogía de Teoclímeno ha sido compuesta *ad hoc* para engrandecer al personaje. Dos artículos ponen en relación (de manera distinta) los dos poemas homéricos: el de Schein («Homeric Intertextuality», pp. 349-56) trata dos casos de supuesta reelaboración en *Od.* de pasajes de *Il.*; el escrito por Reichel («Die homerische

Helenagestalt», pp. 291-307) analiza la imagen de Helena en *Il.* y *Od.* y la confronta con otras manifestaciones del motivo de la mujer raptada en la literatura universal.

Si pasamos a referirnos a la pervivencia de los poemas homéricos habremos de mencionar primeramente el artículo de Latacz («Philitas und Homer», pp. 202-10) en el que se propone una reconstrucción convincente del *Hermes* de Filetas, poema que reelaboraba sucesos narrados en *Od.* X. Ahora bien, es obvio que el *aemulus* por excelencia de Homero es Virgilio, y por ello no sorprende encontrarnos con tres trabajos referidos de manera más o menos directa al épico latino. El escrito por Papanghelis («*Relegens errata litora*», pp. 275-90) estudia el significado de aquellos pasajes de *Aen.* III en los que el protagonista del poema recorre escenarios conocidos por *Od.* Gordesiani («Prinzipien der Individualisierung der Helden», pp. 124-31) identifica los diferentes métodos con que los tres grandes épicos de la Antigüedad individualizan a sus héroes. Por su parte, Holoka («*Heroes cunctantes*», pp. 143-53) analiza el motivo del héroe que duda de su determinación y propone, en conexión con ello, una interpretación sugerente de *feruidus* en *Aen.* XII 951. El último artículo en el que se estudia el eco de Homero en un autor antiguo (Schwabl: «Zwei homerische Nachwirkungen bei Artemidor», pp. 357-62) comenta paralelos demasiado genéricos y es poco convincente. Una observación similar puede formularse a propósito de una de las tres aportaciones que hablan de la pervivencia de Homero en el S. XX: me refiero al trabajo de Bannert («Hektor und Konstantinos Palaiologos», pp. 66-75) en el que se esbozan paralelismos entre Elitis e *Il.* Considero excelente, en cambio, el estudio de Lohmann («Die rosenfingrige Eos», pp. 221-44) en el que se argumenta que el *Ulises* de Joyce retoma el motivo odiseico de la Aurora “de rosados dedos” para mantenerlo en su estatuto de *Leitmotiv*. Morrison («Images of the Golden Age», pp. 245-258) nos traslada del Egeo al Caribe para discutir el sentido de los motivos clásicos presentes en el *Omeros* de Walcott.

Resulta difícil formular un juicio general sobre veintiséis artículos de otros tantos autores, reunidos en un mismo volumen por su relación más o menos directa con la épica griega y, por supuesto, por la simpatía de los firmantes hacia el profesor Maronitis. Aunque alguna contribución nos sepa a poco, el tono general de los trabajos es muy notable; más de uno será de referencia obligada. Quizá el mejor elogio que se puede hacer del libro sea subrayar la pluralidad de sus enfoques y de los temas escogidos.

JOSÉ B. TORRES GUERRA

IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

M. OSTWALD, *Oligarchia. The Development of a Constitutional Form in Ancient Greece* (*Historia Einzelschriften*, 144), Stuttgart, Steiner, 2000. 96 pp.

De las denominaciones políticas que tuvieron vigencia en la Antigüedad, desde el punto de vista institucional, siempre ha sido la democracia la que ha recibido más atención, por su

especificidad y por haberse convertido muy pronto en objeto de imitación. Muy diversas han sido las formaciones políticas que la han pretendido presentar como su modelo, desde la monarquía de los Antoninos hasta el régimen del general Franco.

Martin Ostwald, tras haber dedicado él mismo importantes estudios al régimen democrático, dirige ahora su atención hacia la oligarquía, forma de gobierno menos prestigiosa, pero seguramente mucho más extendida en la antigua Grecia. Si el término democracia responde a la forma más extremada que Aristóteles caracteriza porque en ella participan los trabajadores manuales, prácticamente sólo fue Atenas la que, durante un período relativamente breve, se rigió por ese sistema. En general, las ciudades permitían la participación en exclusiva de quienes estaban económicamente cualificados para dedicar su tiempo a la política, los *eúporoi* de Aristóteles, y sólo en el caso de Atenas la comunidad prestaba su apoyo financiero para que participaran los pobres.

Ahora bien, el término *oligarchía* no tuvo mucho prestigio, de modo de con frecuencia los partidarios de la oligarquía buscaban como alternativa la denominación de *aristokratía*. En general, sin embargo, los teóricos antiguos se fijan más en las denominaciones referidas al poder personal para definir los sistemas opuestos a la democracia, de tal modo que, todavía hoy, en muchas publicaciones, da la impresión de que ésas eran las dos únicas posibilidades de la historia política griega: monarquía, en el sentido etimológico, y democracia, como gobierno de las colectividades.

Por ello resulta tan importante que Martin Ostwald dedique ahora una monografía al objeto de comprender la percepción que los mismos griegos tenían del régimen oligárquico. Así, atraviesa todos los textos que definen los sistemas políticos desde Píndaro y Heródoto hasta Aristóteles. En el conjunto de ellos, oligarquía es el concepto peor definido y sólo Aristóteles afronta el problema principal. La argumentación aristotélica se centra en la definición de un régimen donde sólo participen los *eúporoi* pero que no sea identificado con la oligarquía. Ésta se produce cuando sólo participan los ricos, mientras que los *eúporoi* serían los políticamente cualificados. El autor acoge con entusiasmo la diferenciación aristotélica, sin dar importancia al hecho de que los *eúporoi* son claramente definidos como aquéllos cuya situación económica les permite no caer en el trabajo manual. En relación con una democracia ampliamente participativa, la *politeía* aristotélica vendría a ser en realidad una forma de enmascaramiento de una oligarquía que se diferenciaría de las demás por sus buenas intenciones, al abrir teóricamente las puertas a los indigentes para que se enriquecieran y pudieran también ellos tener acceso a la participación política. La fuerza de la tradición aristotélica sigue estando vigente en los críticos actuales de los sistemas políticos griegos.

En realidad, Aristóteles define como *politeía* un sistema que excluye a los *thêtes*, base social de la democracia radical, y sólo permite una participación censataria que identificaría, a la manera de la ciudad arcaica, al ciudadano con el hoplita, es decir, al poseedor del *klêros* en la tierra cívica. El problema estriba en que Aristóteles veía como una ventaja del sistema el hecho de que tales poseedores preferirían reunirse en asamblea lo menos posible y dejarían el gobierno en manos de los “mejores”. Pero la recuperación de la ciudad arcaica es ahora históricamente utópica. Por ello, una lectura atenta del texto aristotélico permite considerar que, como Aristóteles no es pensador utópico, su doctrina se encamina hacia un sistema de parti-

cipación restrictiva como el que se estaba fraguando en la crisis del clasicismo en su marcha hacia el mundo helenístico.

D. PLÁCIDO

LO CASCIO, E.; RATHBONE, D.W. (edd.), *Production and Public Powers in Classical Antiquity (Supplementary Volume 26)*, Cambridge, The Cambridge Philological Society, 2000, 99 pp.

Desde la publicación de *The Ancient Economy* de M.I. Finley en 1973 (*La economía de la Antigüedad*, Madrid, F.C.E., 1975), la influencia de su autor sobre la escuela de Cambridge de Historia Antigua se ha dejado notar, entre otros aspectos, en el importante debate allí desarrollado sobre el carácter de la producción antigua en relación con los modos de intervención del estado. El debate se inscribe en el renacimiento de las perspectivas antropológicas que tuvo lugar en esa época, en coincidencia con la aparición de la Escuela de París, centrada en la herencia de Gernet recogida por Vernant y Vidal-Naquet. Como ha hecho notar hace tiempo F. Hartog, en su artículo «Histoire ancienne et histoire», publicado en un número de la revista *Annales* (37,5-7, 1982), dedicado a la Antigüedad, así se ponía el acento sobre ciertos rasgos de las sociedades antiguas que las incluían en su tiempo histórico y procuraban despojarla del aspecto estático que caracterizaba hasta entonces el clasicismo.

Finley se inclinaba hacia una visión de la economía antigua caracterizada por un moderado “primitivismo”, donde no era posible contemplar caracteres propios de la economía capitalista. En ello se oponía a modos de interpretación tan extendidos como el del M.I. Rostovtzeff, que concebía la sociedad helenística y altoimperial como el escenario de las burguesías triunfantes, sólo derrotadas por la alianza de soldados y campesinos que para él se asimilaba a la que había promovido la revolución soviética.

En los trabajos presentados en la sesión B1 del XI Congreso Internacional de Historia Económica, celebrado en Milán en 1994, recogidos en este volumen, en la línea heredada de Finley, se debate sobre la economía antigua en diversos ámbitos y desde diversos puntos de vista, pero siempre sobre la base de su definición como economía liberal o intervencionista. En cierto modo, paradójicamente, la huida de los planteamientos “modernistas” ha conducido a una discusión basada en parámetros relativamente “modernistas”. De hecho, así se pone de relieve en el trabajo de Sallares en defensa de una economía liberal en la Grecia clásica, al margen de los poderes públicos, cuyas intervenciones revisten siempre un carácter político o religioso. Austin responde a Sallares, en el sentido de que hay que admitir que, en las relaciones entre el *oikos* y la *pólis*, ésta estimula los intercambios a través de la emisión monetaria, en consonancia con la tesis presentada por K. Hopkins en un artículo publicado en el *Journal of Roman Studies* en 1980 (70, 101-125), autor integrado asimismo en la corriente de influencia de Finley.

Posiblemente, si de verdad se trata de comprender las sociedades antiguas como tales, sea preciso apoyarse en el estado actual del conocimiento histórico y de los estudios sociales y económicos, para concluir que no se puede plantear el debate sobre intervención o no, sobre todo porque la mayoría de los argumentos contrarios a la intervención económica concluyen

admitiendo que el estado interviene, pero que lo hace con fines políticos o religiosos. La cuestión la vio con claridad Godelier, cuando en el prólogo al libro coordinado por K. Polanyi sobre *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, que tanta polémica sembró en el campo aquí tratado, puso de relieve el carácter inseparable de economía y sociedad en el mundo antiguo.

Así lo ve también Ampolo, al tratar de los terrenos sacros como modo de intervención pública, o Van der Spek, cuando estudia los modos de intervención de los reyes helenísticos, inseparables del evergetismo como característica propia de las sociedades antiguas, así como Foraboschi y Rathbone, que admiten que no hay economía planificada, pero sí formas de intervención “en el plano de las sociedades antiguas”. Los matices se señalan también en las diferencias entre los textos de Schneider y de Andreau, donde se destaca que a veces no importa la voluntad de intervenir por parte de los estados, tanto como efecto logrado a partir de actuaciones orientadas en sentido político o religioso. Las intervenciones que se refieren al Imperio Romano se ven más obligadas reconocer la intervención estatal, con la acuñación monetaria (Lo Cascio), con la explotación de la minas (Orsted), o con el apoyo a la circulación del oro en época tardía (Banaji). En definitiva, según expresión de Bagnall, la economía antigua no funciona como la de la U.R.S.S. ni como la de los E.E.U.U.

Evitar el modernismo no significa acudir a formas de funcionamiento excesivamente “primitivas” y despojar a la Antigüedad de todo rasgo que pueda despertar sospecha, sino plantearse los problemas de acuerdo con estructuras diferentes a las contemporáneas, que desde luego hacen difícil un planteamiento como el de la alternativa entre intervencionismo o liberalismo.

D. PLÁCIDO

ESTEVE FORRIOL, J., *Valencia. Fundación Romana*. Valencia, Federico Domenech, 1999. XIX +301 pp.

Los estudios de microhistoria dedicados a ciudades concretas de la antigüedad romana permiten profundizar nuestro conocimiento sobre el devenir de las comunidades básicas de la sociedad y estructura política de la República y el Imperio Romano, engarzándolas con los acontecimientos generales de la Historia de Roma.

Ante este planteamiento base, al que nada tenemos que objetar, el Dr. Esteve Forriol presenta un voluminoso trabajo dedicado a la ciudad de *Valentia*, la actual Valencia. Sin embargo, el primer inconveniente que encontramos es que no es una obra inédita, sino una puesta al día, parcial, muy parcial, de una obra anterior publicada en 1979. Esto se observa perfectamente en el elenco bibliográfico ofrecido por el autor al final de la obra, en el que no aparece ningún artículo ni monografía de los años 80 y 90, reduciéndose a una erudita, pero también desfasada, lista de historiografía valenciana hasta la fecha de la publicación de la primera versión de esta obra. Es más, la estructura de la obra está poco modificada respecto a la edición de 1979 e incurre en los mismos errores que entonces.

El estudio que realiza se divide en una introducción, una primera parte dedicada a las

guerras Lusitánicas y la fundación de Valencia, una segunda al Tratado Fundacional de Valencia, una Tercera a los Historiadores Antiguos y la Población lusitana establecida en Valencia, y una cuarta a la Hipótesis sobre el recinto Fortificado y los Territorios Primitivos de Valencia.

En las tres primeras partes el autor analiza desde varios ángulos las fuentes escritas sobre los orígenes de *Valentia*, y mantiene la controvertida teoría de su fundación con prisioneros de guerra lusitanos procedentes del ejército de Viriato. La interpretación sintáctica del texto de las Periochas de Livio – *Iunius Brutus cos. in Hispania is, qui sub Viriatho militauerant, agros et oppidum dedit, quod uocatum est Valentia* – hace posible pensar ésto, aunque la mayoría de los autores se inclina por una fundación irregular realizada al terminar la guerra contra los lusitanos con soldados itálicos y, tal vez, romanos.

El proceso que el Dr. Esteve describe como el de esta fundación apoyándose en las fuentes clásicas referidas a la fundación de municipios, colonias y ciudades peregrinas en el marco itálico y, más raramente, extraitálico, bajo la República Romana es correcto, sin embargo cae en uno de los peligros que atraen al historiador, que es el de la analogía. Puede ser que el proceso de fundación de *Valentia* fuese así, pero no hay ningún dato positivo – perdón por la expresión – en ninguna de las fuentes escritas o arqueológicas que permita probarlo realmente, y como historiadores, debemos diferenciar muy claramente lo que es una hipótesis plausible de lo que es una teoría plenamente demostrada.

Por lo demás, el autor se deja llevar en exceso por las fuentes conservadas, ya que, siguiendo el bronce de Lascuta, piensa que los magistrados romanos actúan en las provincias como *imperatores*, cuando en realidad lo hacen como Cónsules y Pretores o, en su caso, como Procónsules y Propretores, puesto que el *imperium*, el mando con el derecho de vida y muerte, forma parte de los poderes de las magistraturas y confiere la capacidad de mandar ejércitos y no al revés. Cuando un magistrado romano, caso de Emilio Paulo en el bronce de Lascuta, utiliza el título de *imperator*, indica que sus tropas lo han aclamado como vencedor y que puede optar a la concesión del triunfo por parte del Senado cuando regrese a la *Vrbe*.

En cuanto a la forma de evaluar el asentamiento original de la ciudad, el autor levanta una fantasiosa teoría sobre lo que significa la expresión *agros et oppidum dedit* de Livio, ya que lo único que se indica es que Bruto concede a los beneficiarios de la fundación de *Valentia* un núcleo urbano con su territorio, es decir, les concede una *ciuitas* que es la suma de *Vrbs* y *territorium*.

El significado que el autor atribuye al término *oppidum* como fortaleza militar no se desprende del conjunto de fuentes conservadas de la antigüedad clásica, sino que este vocablo hace referencia a una ciudad amurallada – Cf. A. Jiménez de Furundarena, «Precisiones sobre el Vocabulario Latino de la Ciudad: El Término *Oppidum*». *Hispania Antiqua* 17, 1993, pp. 215-225. Parece improbable la existencia de una fortaleza abandonada de época de la II Guerra Púnica a la que hace referencia el Dr. Esteve, y sobre la que no aporta ni una sola prueba arqueológica.

El estatuto político de esta primera fundación sería, según el Dr. Esteve, el de municipio de derecho latino y aduce que las monedas de la ceca de *Valentia* así lo indican, pero es muy posible que este estatuto sólo le fuera concedido en época postsertoriana, tras la violentísima destrucción de la ciudad que indican las excavaciones arqueológicas, que el autor ni siquiera

recoge.

La parte Cuarta se dedica a analizar la delimitación primitiva de la ciudad de Valencia y de su territorio. El análisis de los procedimientos de agrimensura romanos aplicados a las ciudades es muy meritorio, pero el perímetro minuciosamente reconstruido por el autor, basado en un plan preestablecido y en la recogida al volapié de algunos datos arqueológicos, es, francamente, muy difícil de creer.

En este caso, y en el de todo el proceso fundacional de la ciudad de *Valentia*, recomendamos que se acuda a la obra de Albert Ribera, *La Fundació de València*, Valencia 1998, en el que se recogen exhaustivamente los datos proporcionados por las excavaciones arqueológicas de Valencia, tanto históricas como recientes, y, al mismo tiempo, se hilvanan con los datos proporcionados por las fuentes escritas.

Por último, el autor dedica un capítulo a la delimitación y estructuración del territorio de la ciudad, recogiendo una posible donación de tierras a la primitiva comunidad de los *Valenetini* entre la ciudad y la Albufera, y otra al Norte sobre la costa cuando se funda la Colonia de Veteranos, en la que se aprecia una centuriación. En ambos casos relaciona los nombres de algunas localidades actuales con los de posibles *uici*, *pagi* o *mansiones* antiguas, lo que es plausible, pero que es preciso demostrar arqueológicamente.

Por lo demás, el aparato gráfico del libro es excelente, y posee una edición muy cuidada, aunque el trabajo es susceptible de mejora.

AGUSTÍN JIMÉNEZ DE FURUNDARENA

DONLAN, W.: *The Aristocratic Ideal and Selected Papers*. Walconda, Illinois, Bolchazy-Carducci Publishers, Inc., 1999, 364 pp.

Esta es la segunda edición de una obra publicada en 1980: ahora reaparece con un preface a esta edición y con la recopilación de varios trabajos del autor en conexión con el tema. Esto, más el hecho de que la primera edición no fuera reseñada aquí, justifica, creo que sea reseñada ahora.

Es una obra basada en el estudio directo de los textos, hecho de una manera muy competente; pues la estructura social desde la época de Homero al siglo V se deduce más del estudio de los textos que de otra cosa (aunque no faltan datos arqueológicos). Pero en las notas, al final de cada capítulo, hay una amplia discusión de la bibliografía (casi siempre en lengua inglesa, la española falta por supuesto).

El enfoque es en principio sociológico y antropológico, lo que se trasluce en cierta terminología («reciprocity», «chiefdom system» en la sociedad homérica, por ejemplo), pero ello no aporta diferencias notables respecto a los análisis de los filólogos (por ejemplo, el mío en mi *Ilustración y Política en la Grecia Clásica*, 1966). Paga, eso sí, tributo (pero más en el programa que en los hechos) a ciertas modas modernas, como el atribuir las afirmaciones de los líricos más a un «yo poético» que a otra cosa.

La idea que subyace a todo el libro es la de la evolución de la sociedad, el ideal y el modo de vida aristocráticos a lo largo del período estudiado. El autor mismo dice que usa el término

«aristocracia» a falta de otro mejor, distingue una sociedad basada en la «reciprocidad», en la época de Homero, de otra mucho más clasista posteriormente. En todo esto no se puede menos de estar de acuerdo, ni tampoco en el fino análisis de la situación social y económica que llevó a una serie de enfrentamientos así como a sucesivos intentos de los aristócratas de adaptarse a esas nuevas situaciones.

Es excelente la pintura de la sociedad homérica en el capítulo I, sobre el guerrero aristócrata; incluye el hecho del paso, en Hesíodo, del «tribal chiefdom» a la «aristocratic polity», por causa de factores como la diferenciación social, competición, especialización, propiedad privada, deudas, etc. Señala, con razón, algunos anticipos de esto en Homero.

Si en algún punto se puede disentir es, por lo que a mí se refiere, en que prácticamente identifica la cultura homérica con la de la sociedad de en torno al 750: no cita para nada los puntos comunes con la épica indoeuropea, ni el hecho del arrastre de arcaísmos por este tipo de poesía, ni utiliza apenas los datos micénicos (algo más, pero no mucho, en dos artículos recogidos en el libro: «The pre-estate Community in Greece» y «Homeric *témenos* and the Land Economy in the Dark Age»).

También es excelente el segundo capítulo, «The old Ideal under challenge». Aquí entra el nuevo punto de vista de la *areté* en defensa de la comunidad (no sin precedentes en la *Iliada*, sobre todo a propósito de los troyanos). Esto en Tirteo, entre otros. Al tiempo, una búsqueda de un superior estilo de vida de los aristócratas, es evidente; incluso un cierto decadentismo y relajación en el lujo y el banquete. En relación con esto y con el creciente individualismo son estudiados sobre todo fragmentos bien conocidos de Arquíloco y otros autores. Pero no sé si se destaca lo suficiente que Arquíloco es, después de todo, pese a sus alharacas verbales, un guerrero al servicio de la *polis*. Y que lo trascendental en toda esta escuela de poesía es el descubrimiento del hombre, potencialmente igual: puerta abierta para la posterior ideología democrática.

El capítulo tercero se ocupa de la crisis de identidad en Teognis y Píndaro. Son, en realidad, cosas bien conocidas; lo que nuestro autor aporta fundamentalmente es, me parece, que la perspectiva de los dos es desde ángulos diferentes: el de la derrota política en un caso, el del triunfo en los Juegos en otro. Y hay una cierta evolución, los atributos del *agathós* son principalmente morales e intelectuales. Ahora bien, quizá habría que subrayar con más fuerza las dos teorías contrapuestas: la de que la *areté* viene del nacimiento, no es enseñable, y la contraria, que está en la base de las filosofías posteriores.

El capítulo IV, sobre el ideal aristocrático en el período clásico, es muy complejo y contiene finos análisis sobre sus matices, sus adaptaciones a las circunstancias, sus varios reflejos en el léxico, etc. Hay cosas que no quedan demasiado claras, como la interrelación de todo esto con la realidad política, con personajes como Pericles, con la lucha por las distintas interpretaciones del concepto de igualdad, con la llegada paulatina de la guerra civil a Atenas. El papel de los sofistas y socráticos, su oposición al pensamiento trágico, la situación ambigua de los jóvenes aristócratas alumnos de los sofistas, son temas que merecerían un estudio más detenido. En suma, la relación entre ideal aristocrático y política se echa a ratos de menos. Pero son buenos los análisis de Aristófanes y Eurípides, sobre todo, en relación con las cambiantes maneras de pensar.

En cuanto al capítulo V, sobre el estilo de vida aristocrático en el siglo V, hay que decir que es una buena descripción. Aunque ese estilo de vida tiene matices, no todo es uniforme.

Esta es, por lo demás, la tesis de nuestro autor: hay evolución del modelo aristocrático. Y cree que quedaba en Grecia, desde la edad tribal, un igualitarismo bien arraigado, que fue la base de la democracia. Las aristocracias se adaptaron mal a ella, pese a múltiples cesiones; pero los no-aristócratas no pudieron establecer un modelo contrario, solo negaciones y críticas. No creo que pueda, en definitiva, negarse aquello que dijo Jäger en su *paideia*: todo lleva en Grecia la impronta de su origen aristocrático. Pero, ciertamente, el de «aristocrático» es un concepto complejo y que evolucionó; y del mismo salieron el individualismo que creó los mejores logros griegos. Y la imitación de los ideales aristocráticos, de algunos al menos, por parte de todos.

Los artículos recogidos al final añaden detalles sobre algunos de los puntos estudiados; dos fueron ya aludidos más arriba. Otros se refieren a temas como el significado de *demos* (un buen estudio lexicográfico y semántico); al pensamiento antiaristocrático en la poesía arcaica (importante catálogo de pasajes); a la estructura de la autoridad en la *Iliada* (cree que la del grupo es decisiva, no estoy tan seguro de que no se trate de un prejuicio etnográfico); a la «gift-economy», en relación con el intercambio de regalos entre Glauco y Diomedes); a la comunidad preestatal en Grecia (tribal, decimos nosotros, en Homero).

Hay, finalmente, un capítulo nuevo en esta edición: el dedicado al jefe y sus seguidores en la Grecia preestatal, cree que entre ellos hay un igualitarismo que es precedente de la democracia.

F.R. ADRADOS

V. VARIA

POLOMÉ, EDGAR C. (ed.), *Miscellanea Indo-Europea*. Journal of Indo-European Studies Monograph 33. Washington, Institute for the Study of Man Inc., 1999, 313 pp.

Esta obra recoge una serie de estudios sobre varios temas de bibliografía, lengua, sociedad y religión indoeuropeas editados por el desaparecido E. C. Polomé.

Hay un extenso artículo de carácter bibliográfico. Alain de Benoist dedica 71 páginas a hacer una enumeración de los libros (incluye alguno de los *Festschriften* más importantes y alguna tesis doctoral inédita) sobre indoeuropeo publicados desde 1710. En este sentido es de destacar el sentido cronológico que tiene el artículo, en donde se puede apreciar claramente que existen “modas” dentro de nuestros estudios; es de apreciar que incluya la bibliografía en lenguas que no suelen recogerse en los repertorios más usuales, como el ruso o el lituano. En cuanto a las obras en español hay que hacer notar que el *Origen de la flexión nominal indoeu-*

ropea de Villar aparece citado dos veces el mismo año, la primera atribuida a Adrados y la segunda a su verdadero autor. Es de señalar también que la crónica incluye los libros dedicados a la religión indoeuropea, gracias a lo cual se puede ver que el tema ha interesado desde muy antiguo y ha dado lugar a una producción amplísima. El libro concluye con una revisión de Polomé de las obras recientes dedicadas a la religión indoeuropea, analizadas por temas. Manifiesta un cierto interés en recoger obras que proyectan problemas antiguos o prehistóricos sobre nuestro tiempo.

Carol Justus escribe sobre los sistemas de numerales y sobre la virtualidad de los mismos para convertirse en criterios de parentesco lingüístico. Parte de la hipótesis de Vennemann que propone que el sistema vigesimal deducible en el vasco se difundió como substrato al celta y el germánico, sustituyendo a un sistema decimal indoeuropeo heredado. Justus determina que en la hipótesis de Vennemann hay un problema sustancial de análisis y que el sistema vigesimal existente en galés, francés y vasco puede reposar sobre un sistema anterior de unidad 5. La vigesimalidad, por otra parte, no excluye la decimalidad: simplemente representan dos estadios de evolución de la numeración compatibles. El uso del 20 no convierte a un sistema en vigesimal, pues los sistemas numerales incluyen no sólo las bases exponenciales de los sistemas, sino también los intervalos de factores que secuencian las unidades de contabilidad numérica, que es justamente lo que estudia la autora. Polomé dedica un artículo a estudiar las raíces incluidas en Pokorny y otros léxicos etimológicos de lenguas históricas indoeuropeas con **b-* inicial. La mayoría de ellas son palabras onomatopéyicas, expresivas o préstamos. Concluye que la única raíz atribuible a la protolengua con seguridad es **bel-* 'fuerte' y duda que una sola raíz permita reconstruir un fonema **/b/*.

Utilizando criterios lingüísticos para reconstruir las realidades históricas de la protolengua, Françoise Bader analiza las referencias a los pelasgos que encontramos en Homero. Tomando la obra homérica como una verdadera *Histoire de la langue grecque*, analiza una serie de términos procedentes de la raíz **plH₂*, que serían de origen pelásgico y se habrían integrado en la lengua griega, como πύλη; lo mismo sucede con la raíz **g^whedh-*, gr. Φθίας, Θεσσαλία. Es un artículo complejo, pero sin duda apasionante.

En un extenso artículo, Alexander Häusler critica la teoría de M. Gimbutas sobre la difusión de los indoeuropeos a partir de las estepas pónticas. Häusler insiste en demostrar que Gimbutas no es en absoluto original, y cita profusamente un amplio elenco de autores, fundamentalmente alemanes de la primera mitad del s. XX en los que los indoeuropeos aparecen descritos como un pueblo nómada y belicoso, y en los que estas características están presentadas de manera muy positiva. Para Häusler la concepción de los indoeuropeos como un pueblo nómada que se expande agresivamente desde una zona esteparia no es sino el reflejo de un prejuicio de origen bíblico que subyace en la mayor parte de los estudiosos (*ex oriente lux*). Después de una extensísima crítica H. propone que caballos y carros, dos realidades constatables mediante la paleontología lingüística más tradicional, son una realidad arqueológica común a una cultura autóctona radicada en toda Europa Central, Septentrional y Norte del Ponto y Caspio desde el Mesolítico hasta el comienzo del Bronce (2300 a.C.). En esta se desarrollaría un continuum lingüístico en donde cristalizó el indoeuropeo. Respecto a la extensa crítica que hace de la conocida teoría de M. Gimbutas sólo quiero hacer dos reflexiones. Una, que no es comparable políticamente la apología de los indoeuropeos

belicosos que hacían los estudiosos alemanes de la época hitleriana, en donde la presunta agresividad de los indoeuropeos era un factor de prestigio, con la presentación que del mismo pueblo hace Gimbutas, pues en ella el prestigio se desplaza descaradamente hacia los antiguos europeos, matriarcales y pacíficos; el lector simplemente tiene que leer la cita de Meid que recoge H. para comprobar hasta qué punto los indoeuropeos reconstruídos son muy poco políticamente correctos. Dos, que la acogida que ha tenido dicha hipótesis entre los lingüistas (Tovar, Adrados o Meid, citados por H.) difícilmente tiene que ver con prejuicios de origen bíblico, sino con el hecho de que explica mejor hechos de difusión dialectal y de cronología absoluta. En cambio, la propuesta de H. no incluye ni una palabra de cuál pudo ser la evolución de los indoeuropeos hacia Oriente (los tocarios existen), ni hacia Anatolia.

Garret Olmstead analiza textos del antiguo irlandés para proponer una expansión de los indoeuropeos distinta de la hecha por Renfrew. Para O. los indoeuropeos se difundieron con un sistema intermedio de cría de ganado y cultivo de grano sustentado por una sociedad jerarquizada en clientes (agricultores), nobles, reyes y grandes reyes.

La obra incluye también dos revisiones de la conocida teoría de la trifuncionalidad de la sociedad y la religión indoeuropea de Dumézil. Nick Allen estudia los rasgos más característicos del hinduismo para confirmar su propuesta de que a las funciones dumézilianas hay que añadir una cuarta, que recoge lo no incluido o que está más allá de las tres conocidas y que presenta dos lados, uno positivo y otro negativo. Dean Miller redefine la monarquía dentro de la primera función de Dumézil y critica a Allen. Mejor que una cuarta función prefiere incluir en la primera función una soberanía de carácter mágico, intermedia entre la mitraica y la varunaica, con carácter transgresor, ejemplificado con el mito de Atreo.

J. A. ÁLVAREZ-PEDROSA

OFITSCH, MICHAELA (ED.): *Eros, Liebe und Zuneigung in der Indogermania*. Graz, Leykam, 1997. 282 pp.

El inconveniente que tienen libros de título sugestivo como este y que en realidad son Actas de un Congreso, es que hacen esperar un tratamiento de conjunto del tema, cuando lo que en realidad ofrecen es un mosaico de contribuciones bastante incoherente, por interesantes que sean, muchas, una a una. Este es el caso de este libro, obra por lo demás de buenos especialistas austriacos y alemanes en especialidades diversas.

Los tres conceptos del título son muy diferentes y tampoco es claro el concepto de Indogermania. No se trata de un estudio sobre el amor en pueblos que sin duda no conocieron ese concepto, ni tampoco de especulaciones sobre el tema en época indoeuropea. Se trata de estudios ya lexicales, ya institucionales, ya religiosos ya literarios en épocas y geografías dispares ocupadas por pueblos indoeuropeos.

Lo que más se aproxima a un estudio relacionado con los antiguos indoeuropeos son los varios trabajos sobre léxico. Uno de S. A. Romaschko sobre las raíces **ljub-* y **mil-* en eslavo (y en otras lenguas); otro de F. Lochner von Hüttenbach «Wörter für Zuneigung in der indogermanischen Namengebung»; y un tercero de W. Meid, «Liebe und Sexualität in

indogermanischen Sprachen». Se trata de conceptos muy amplios, que llevan del deseo a la relación contractual, al amor físico y a su transposición a otras esferas. La reunión de este vocabulario, un tanto heterogéneo, resulta útil en todo caso para el conocimiento del pueblo indoeuropeo en sus distintas ramas.

Un tanto diferente, pero útil también es el artículo de O. Panagl sobre juegos de palabras, en la literatura latina, en torno a *amor / amare*: con *amarus, amens, mores*. Aquí entramos ya en el uso literario.

Antes de volver a él he de referirme a artículos de tema institucional y legal, en relación con el matrimonio y la sexualidad en general. Aunque se refieren a lenguas y momentos aislados, pueden ser interesantes, otra vez, para la reconstrucción de la sociedad indoeuropea. Así, M. Offitsch se ocupa de la sexualidad (y el matrimonio) en los textos legales hetitas; K. T. Schmidt estudia el mismo tema para los tocarios. Un componente histórico tiene el artículo de S. Hutter Braunsar sobre el matrimonio «feliz» de Hattusilis III, que incluye una investigación de la mención del matrimonio feliz en inscripciones reales de diversos pueblos, sobre todo helenísticas y romanas, y de su significado.

Son de sentir las grandes lagunas aludidas al comienzo: nada sobre textos eróticos o legales griegos o indios, por ejemplo: en el mito, la poesía o la narrativa.

En cambio, hallamos estudios literarios de textos ya realmente eróticos. Así el de M. Hutter sobre la novela del amor de Cosroes y Shirin, del final de la época sasánida, sin duda influida por el amor idealizado de la novela griega. El de Sh. Sharik-Amin sobre la epopeya de Wis y Ramin, el tema del amor desesperado de la mujer que ante nada retrocede: es de antiguo fondo iranio, quizá de época parto, aunque nuestra redacción es medieval. Tiene, posiblemente, el mismo origen. Erótica armenia, muy hermosa por cierto, ya del siglo XVI, es estudiada por J. Dum-Tragut: resuenan en ella ya temas orientales ya europeos. Todo esto es interesante, pero nada tiene que ver con una comunidad original indoeuropea.

Hay otros estudios de temas muy diversos. Por ejemplo, el de M. Lorenz sobre el poeta afgano Chushal-Chan, ya del siglo XVII, sobre el matrimonio, dentro del género de los Espejos de Príncipes: puede sospecharse tradición india u occidental; el de L. Rzechach, estudio etnológico sobre la homosexualidad (la *Knabenliebe* mejor) en el Turquestán de habla irania (interesante para comparar los hechos griegos antiguos); y una comparación (obra de W. Euler) del *Kamasutra* y el *Ars Amandi* de Ovidio, que naturalmente hace ver más que nada las diferencias. Todo material misceláneos, como dije.

No quiero dejar de citar, todavía, el estudio de B. Feichtinger sobre el amor en la elegía latina, en cuanto rompe las normas, pero todavía llega a una extraña alianza con ellas en Propercio: el amor del poeta y Cintia es monogámico, y a ella se le atribuyen las virtudes tradicionales. Mayor ruptura hay en el amor que describe Ovidio y a ello se debería su exilio. Naturalmente, todo esto está en conexión con la evolución social romana de época republicana (y antes la de la Grecia helenística). Nada tiene que ver con los indoeuropeos.

El libro termina con un índice de materias y otro de las palabras de las diversas lenguas que son citadas.

Hermann Diels (1848-1922) et la Science de l' Antiquité. Entretiens sur l' Antiquité Classique XLV, préparés et présidés par W. M. CALDER III et J. MANSFELD. Vandoeuvres, Ginebra, Fondation Hardt, 1999.

Este nuevo volumen de la bien conocida serie abre un nuevo territorio: el de la Ciencia de la Antigüedad. Se trata de ocho exposiciones de distinguidos estudiosos, seguidas de discusión y debate, en torno a uno de los grandes filólogos alemanes de fines del siglo XIX y comienzos del XX: Hermann Diels. Se intenta dar un perfil biográfico, seguir sus relaciones con otros filólogos y su actividad como secretario de la Academia Prusiana de Ciencias y describir y estudiar sus principales publicaciones. Empeño nada fácil, pero logrado en la medida de lo posible, porque los datos biográficos y personales no son muchos.

Precisamente a ese apartado biográfico se dedica el capítulo I, de William M. Calder III, titulado «What sort of fellow was he?». Calder es conocido, sobre todo, por sus trabajos sobre Wilamowitz, colega de Diels: menos brillante y carismático aquél, pero igual de significativo para la Ciencia de la Antigüedad Clásica. El capítulo se completa con el II, de W. A. Schröder, «Hermann Diels und das Hamburger Johanneum», que describe sus cinco años de profesor en este Gimnasio de Hamburgo, antes de pasar a la Universidad.

No son muchos los datos que tenemos, pero quizá los suficientes para hacernos una idea de un hombre de orígenes modestos, quizá no muy brillante personalmente, alejado de los fastos sociales y de la política (no era un «hard liner» como Wilamowitz), pero trabajador infatigable y buen organizador, luego, en la Academia. En estos capítulos y el siguiente de S. Rebenich, «Mommsen ist er niemals näher getreten. Theodor Mommsen und Hermann Diels» se estudian sus relaciones con la brillante pléyade de filólogos de la época: no solo Wilamowitz y Mommsen que le recibió en la Academia y le dejó en un momento dado el puesto de Secretario de la misma, sino Usener, que fue su maestro, Jespersen, Norden, Heidel, Fränkel, Friedländer, Jäger, Jacoby y otros más.

Interesante recordar esta pléyade y el prestigio social de que gozaba, conocer de sus relaciones y de su situación dentro de las opciones políticas de la época. Lo que son solo nombres en las bibliografías se convierten en seres humanos. ¡Cuán diferentes Wilamowitz, Mommsen y Diels, por ejemplo! Y sabemos de los problemas de Diels con Hoche, director del Gimnasio. Y de su buena relación en general con sus colegas, luego. Era un hombre dedicado al trabajo y a poner a trabajar a los demás en las grandes empresas de la Academia; de temperamento racional y objetivo, «aristotélico», nada poético pese a editar los líricos griegos. La recolección de fragmentos, el intento de obtener una perspectiva general de varios sectores (filosofía, lírica, medicina, comentaristas de Aristóteles) a partir de miserables fragmentos y textos mal editados, fue lo suyo. Puso las bases para que, a partir de ahí, nuestra Ciencia pudiera progresar.

Y, fuera de las empresas colectivas, esto lo hacía solo. Maravilla la capacidad de trabajo de estos hombres, tan diferente del panorama actual, lleno de libritos de ensayo de título llamativo y de colecciones de pequeños trabajos de múltiples autores.

A sus grandes obras, las que han quedado de él, van dedicados los siguientes capítulos. No a todas, ni muchos menos: se echa de menos, por ejemplo, su edición de los líricos griegos.

El capítulo IV, de J. Mansfeld, está dedicado a los *Doxographi Graeci*, publicados en 1879, a la edad de 31 años; una obra individual, a diferencia de los *Commentaria in Aristotelem Graeca*, por él dirigidos, o como los *Médicos*. No se trata tan solo de una labor de recopilación, sino de investigación sobre las líneas de la tradición doxográfica griega. Debe mucho al impulso y la orientación de Usener.

No podía faltar un capítulo dedicado a sus *Vorsokratiker*, que todavía usamos todos en la edición revisada por Kranz; y que, pese a los propósitos de varios filólogos, a nuevas ediciones de los fragmentos de ciertos autores y a críticas, todavía no han encontrado un sucesor. Continuaron sus anteriores *Poetarum philosophorum fragmenta*. Se han hecho a esta obra varias críticas: carencias, artificial distinción (a veces) de los fragmentos A y B, demasiados recortes en el Aparato Crítico. Pero resultó una obra monumental sin la cual nada habría podido ni puede hacerse en el campo de la Historia de la Filosofía griega. Este capítulo (el VI) es obra de W. Burkert.

También fue importante la labor de Diels como fundador y director del *Corpus medicorum Graecorum* (capítulo VI de J. Kollesch). Se puede seguir el plan de esta obra por la correspondencia de Diels y Mewald. Y conocemos los problemas en relación con los redactores, la financiación, etc. Nos son bien conocidos a los que hemos emprendido empresas colectivas. Lo esencial es que la colección, aunque la dejó incompleta, fue un éxito.

La obra se cierra con un capítulo (el VII, de T. Dorandi) sobre «Gli studi ercolanesi di Hermann Diels». No salió de aquí una obra monumental, pero es encomiable la atención sostenida, a través de interrupciones, desde los primeros tiempos de la labor filológica de Diels hasta casi el final. Lo más importante fue la edición de los libros I y III del *Peri theôn* de Filodemo.

Los debates que siguen a cada capítulo son vivos y aportan cosas interesantes. Toda una época gloriosa de la filología griega revive en ellos.

F.R. ADRADOS

ANGELI BERNARDINI, PAOLA (ed.), *Presenza e funzione della città di Tebe nella cultura Greca*. Pisa-Roma, IEPI, 2000. 378 pp.

Se trata de las Actas de un congreso internacional celebrado en Urbino, en julio de 1997, publicado como 7º suplemento de la revista *Quaderni Urbinati di Cultura Clásica*. Estamos, por tanto ante una colección de artículos derivados de las principales ponencias congresuales, redactados mayoritariamente en italiano aunque también figuren algunos en inglés o francés.

Con el tema de la presencia tebana en la cultura griega como eje central, el libro está organizado en siete partes (“Tebas micénica”, “mito y rito”, “épica y lírica arcaica”, “teatro”, “poesía helenística”, “iconografía” y, por último, “historia”), partes que también se suceden, en la medida de lo posible, atendiendo a criterios cronológicos. A modo de introducción encontramos también un prólogo de la editora y un breve escrito de bienvenida de Bruno Gentili.

Dado lo variado de la colección, resulta muy difícil en tan corto espacio esbozar siquiera los amplios contenidos del libro. En la parte consagrada a la Tebas micénica se nos habla de

las últimas tablillas en lineal B descubiertas, que parecen apuntar a la existencia de un culto a Deméter vinculado con los Misterios eleusinos. Se nos detallan también los últimos 18 años de hallazgos arqueológicos, entre los que cabría resaltar las nuevas investigaciones sobre la primitiva muralla cadmea.

Es el supuesto origen divino de esta muralla tebana, que retrata toda la literatura griega desde Homero hasta Eustacio, junto con el manido vínculo de Heracles con la ciudad de Tebas lo que constituye el objetivo del apartado titulado “mito y rito”. A este capítulo hay que añadir también un estudio sobre la evolución cronológica de la fiesta tebana por antonomasia, las dafneforias, con sus interrupciones, restauraciones y reinterpretaciones.

El capítulo “épica y lírica arcaica” se abre con un análisis de las tradiciones tebanas en estos dos géneros literarios. La pérdida de poemas épicos tan emblemáticos como la *Edipodia* o los *Epígonos* hacen que estas tradiciones tebanas no sean tan numerosas como las que encontraremos después al hablar del teatro. Aún así se puede seguir su rastro fundamentalmente en el *Catálogo de las naves* de Homero y en la lírica de Corina y Píndaro, especialmente la *Ístmica* VII de éste último.

El apartado consagrado al teatro es, como cabría suponer, uno de los más amplios y complejos. La supuesta influencia de las *Historias* de Heródoto en el personaje sofocleo de Edipo (evidente por determinadas coincidencias en las costumbres, vocabulario, realia, etc) es el tema de uno de los artículos. En otro se resalta la íntima interdependencia entre el tratamiento teatral de la ciudad de Tebas en Esquilo y Eurípides y las relaciones de hecho entre los Estados de Atenas y Tebas. Por último, la imagen contradictoria de Tebas en el *Heracles* de Eurípides y la supuesta influencia de la ética de Simónides en esta obra cierran el capítulo.

Poesía helenística e iconografía son capítulos más breves, conformados de hecho por un sólo artículo cada uno. En el primero se aborda la sorprendente utilización por Calímaco, en época alejandrina, de una extraña versión de la leyenda del adivino Tiresias para explicar el singular ritual del baño de la estatua de Palas Atenea en el río Inaco. En el segundo se nos confirma cómo, con el tiempo, Tebas, en las artes decorativas, dejó de ser un vehículo de propaganda política para convertirse en un simple teatro de sus más famosos mitos catastróficos. Más tarde, con el helenismo, la presencia tebana se reduce ya a los mitos de carácter literario: Edipo, Antígona, etc. Con Roma será ya tan sólo una parte más del patrimonio literario antiguo (interesante apéndice iconográfico en pp. 302-315).

Se cierra el libro con el apartado histórico. La tensión creciente entre Atenas y Tebas a principios del s. IV a.C. – una vez que Esparta deja de percibirse como un peligro para la región del Ática –, el escaso protagonismo de la liga beocia y de Tebas en particular en el desarrollo del federalismo en ese mismo siglo, y la identificación del autor de una ley tebana recordada incluso en tiempos de Cicerón (ley que velaba por el buen comportamiento de las mujeres en ciertas festividades nocturnas) son los artículos que conforman los variados contenidos de este último capítulo. Los índices de nombres y de los pasajes discutidos (pp. 367-378) cierran definitivamente el libro. La bibliografía, por ser muy específica, la encontrará el lector al final o a los pies de cada artículo.

FERNANDO SOUTO DELIBES